

EL CONTADOR DE HISTORIAS Y OTROS CUENTOS BREVES

X. GALARRETA



Depósito Legal: SS-1071/2007

EL CONTADOR DE HISTORIAS

También llamado por algunos “El Recopilador”. Porque, precisamente, eso hacía: recopilar historias (historias verdaderas que luego él convertía en cuentos, narraciones o novelas, y por tanto, del ámbito de la ficción).

Algunos decían que carecía de imaginación para inventarse una historia; otros, que veía en la realidad la mayor fuente de inspiración. Sea cual fuere la razón, el caso es que recopilaba historias reales para luego hacer de ellas obras literarias, generalmente cuentos o narraciones no demasiado extensas.

Muchas de esas historias las buscaba en las personas de más edad, y de manera especial, en los hospitales. Es cosa sabida que las personas de edad avanzada son proclives a conversar; de hecho, agradecen la compañía y la oportunidad de compartir sus recuerdos y vivencias con personas dispuestas a escucharlas. Y en el caso de las personas mayores hospitalizadas sometidas a la tensión y al miedo de una muerte cercana, esa locuacidad es todavía mayor.

Pero su fama había alcanzado cotas populares, de manera que incluso recibía invitaciones de personas ofreciéndose a contar

distintas vivencias personales, con la esperanza de verlas algún día convertidas en obra literaria y dadas así a conocer de forma notoria. Dichas invitaciones las recibía por carta, e-mail o incluso había quien directamente le llamaba por teléfono a un número que desde luego no era ningún secreto, ya que en una época él mismo había llegado a darlo a conocer en los distintos anuncios que de forma periódica hacía publicar en la prensa local. Eran anuncios tales como:

“Conocido escritor desea contactar con personas dispuestas a contar episodios reales acaecidos a lo largo de sus vidas para, basándose en ellos, escribir cuentos y narraciones o incluso novelarlos. Discreción absoluta.”

Y a continuación indicaba la forma de contacto: un número de teléfono móvil, dirección de correo electrónico o/y un apartado postal. No ofrecía por ello ninguna “recompensa económica”. No quería que la gente se ofreciese a contar episodios personales por dinero; quería que lo hiciesen de forma espontánea, natural, atraídos por la idea de ver “inmortalizado” un episodio real que para ellos tuviese una importancia personal e íntima, pero que al mismo tiempo pudiese hacerse público guardando las naturales medidas de discreción e intimidad –aunque, en realidad, muchos de aquellos episodios estaban limpios de

toda falta o acción no virtuosa y por tanto hubieran podido darse a conocer con la mención expresa de los nombres y apellidos relativos a su fuente de información—. En cualquier caso, él sistemáticamente había desechado esa posibilidad, ya que cobrar un protagonismo real hubiera podido incitar a sus informadores a determinados excesos narrativos, del mismo modo que el pago por los mismos hubiera podido también dar lugar a toda clase de picarescas, sobre todo las relacionadas con la fabulación de historias y con la falta de veracidad de las mismas.

En realidad, no era tarea simple la elección del informador. No seguía un protocolo rígido o predeterminado, pero tampoco lo aceptaba sin más. Para empezar, tenía que sentirse “a gusto” con la persona y sobre todo con la historia que ésta le fuese a relatar. La historia tenía que gustarle, atraerle, incitarle... Encima de su mesa se habían ido acumulando docenas, cientos de historias, pero él solamente aprovechaba unas pocas, aquellas que realmente le incitaban a escribir, a imaginar, a crear...

No le hacía falta tampoco una historia llena de detalles. Él no se dedicaba a la novela histórica contemporánea ni nada parecido. Le bastaba con el hilo conductor de la trama. El resto, lo ponía él. Y lo hacía bien, pues no andaba falto ni de imaginación ni de recursos. Razón por la que muchos ponían en duda su supuesta “falta de

capacidad para imaginar historias”, aunque también es cierto que no es lo mismo la trama o nudo principal de una narración, y el “relleno” de la misma. Aunque ése asunto no interesa demasiado ahora (además, elucubrar nunca lleva a ningún sitio).

En las personas mayores había dado con una verdadera “cantera de historias”. Por lo general, los viejos son personas con cierta humildad (ya han recorrido la mayor parte del camino y ven la muerte como algo ineludible y cercano); disponen de un amplio repertorio de anécdotas y vivencias; la idea de inmortalizar algo que ellos han visto, vivido u oído les regala y atrae... Son, entre todos, los mejores candidatos. Y precisamente, el contador de historias venía aquella noche del hospital principal, a donde había sido llamado por un viejo moribundo deseoso de contarle algunas historias que tal vez algún día podrían convertirse en cuentos alabados y apreciados por miles de lectores.

Pero antes de nada hay que dejar claro que El Contador de Historias era un escritor de éxito. Sus libros se vendían bien e incluso cada nuevo libro venía precedido de una expectación perfectamente recogida en los medios de comunicación, lo cual aumentaba aún más si cabe el número de “candidatos” o “voluntarios” deseosos de entrar a formar parte del “imaginario real” del fabuloso escritor. Aunque ello también

tenía sus peligros; sobre todo, el ya mencionado: la falsedad testimonial (inducida a su vez por la vanidad humana).

El Contador de Historias era un hombre de aspecto triste. Y efectivamente, lo era: había escuchado demasiadas historias y la melancolía de sus informadores había pasado a ser la suya propia. Sin embargo, al contar las historias, al desarrollarlas y darles forma de novela o cuento, una vez inmerso en la tarea, trascendía esa tristeza, la superaba y dejaba atrás, cobrando así una fuerza y vitalidad que sin mayores problemas transmitía a sus libros. Su mundo era el suyo y el de otros. Era como un hombre que contenía a otros muchos hombres. Y de ahí el respeto y la admiración que despertaba entre sus coetáneos.

Por lo demás era un ser humano como otro cualquiera, sólo que él no dejaba a nadie averiguarlo. Así como transgredía la intimidad ajena, guardaba con verdadero celo la suya propia. Tal vez ahí se dejaba entrever su vanidad, aunque por lo general era un hombre sabio y por tanto humilde. La mayoría, sin embargo, no lo juzgaba así (cosa que le sorprendía y contrariaba). En realidad, él así mismo se veía con simplicidad y mesura; porque, a fin de cuentas, sólo era eso: un contador de historias, un recopilador.¹

¹ De allí a unos decenios, esta figura del Contador o Recopilador de Historias habría de cobrar gran difusión y arraigo, proliferando los escritores entregados a esta especial

forma de novelar y crear literatura. Es decir, llegó a crear Escuela y... ¡qué escuela!

VOCES COMO CRISTALES ROTOS

Esas malditas voces... Si pudiera eliminarlas de una vez para siempre, arrancarlas del oscuro y lejano y al mismo tiempo cercano lugar del que surgen... Las voces lo llenan por dentro y a veces piensa en que tal vez sea mejor así.

–El ruido ayuda a tapar la desesperación, la rabia –murmura.

En el fondo, la desesperación y la rabia es otra forma de ruido. Un ruido sordo, como el de las voces que se han instalado en su cerebro y ahora no puede sacar de ahí. Son voces de radio, de emisora que emite durante 24 horas, pero jamás música, sólo voces humanas, que hablan de tantas cosas, y cuanto más hablan más difícil es entender nada, a pesar de tratarse del mismo idioma, a pesar de la claridad con la que el discurso se transmite a través de las voces.

Se levanta y va al cuarto de baño. Mete la cabeza en el agua helada, bajo el grifo del lavabo. Incluso apunta al oído y durante un rato deja que el chorro de agua golpee dentro, casi hasta llegar al tímpano. Por un momento cree que lo ha conseguido, que las voces se han acallado. Pero al poco vuelven de nuevo a surgir, otra vez están ahí. Las voces.

–No se callarán nunca –gimotea, y su cuerpo se arrastra hacia el suelo del lavabo, y apoyado contra el bidé rompe a llorar, consciente de que nunca dejará de escuchar las malditas voces.

Más calmado, mira hacia la ventana opaca del baño y su mirada queda fija en la luz dorada del farol que se refleja con luz apagada. Luego, se levanta y arrastrando los pies vuelve a la sala.

Hace frío. Apenas alcanza a cubrirse con una pequeña manta de viaje.

–Las voces –piensa–. Si al menos pudiera sacarles algún provecho...

Son voces de actualidad, que repiten mensajes distintos que siempre versan de lo mismo y al mismo tiempo dan un contenido diferente. Accidentes de coches, inundaciones, incendios forestales, asesinatos, agresiones... Son siempre los mismos hechos pero con distintos protagonistas. Luego, están las noticias del mundo de la política, de la guerra, de la música, del arte, de...

–Son tantas cosas, que al final acaban siendo nada.

No sabría por dónde empezar a analizar toda esa información. Le sobrepasa. Le hace sentirse incluso indiferente, a pesar de las grandes

tragedias. En el fondo, lo que quisiera es que las voces se acallaran, no tener que volver a escucharlas. Entonces, podría recogerse en ese silencio, dar la espalda a todo lo que no fuera él mismo, dar la espalda al mundo, a sus problemas, a su belleza y a su crueldad. Nada. Sólo sería él por un lado y el mundo por otro.

–¿Podría haber una felicidad mayor, que no ser y existir sino para uno mismo? –piensa.

Pero su pensamiento pronto se rompe al ser atravesado por las voces. Durante un instante le habían dado una cierta calma, casi había conseguido olvidarse de ellas. Pero el tono de las voces sube, se apoderan de toda su cavidad craneal e incluso llegan a esparcirse por todo su cuerpo. Se tira del sofá, da vueltas en el suelo y se aprieta las sienes, como si quisiera con ese gesto aplastar el origen de las voces, ese maldito transmisor invisible que un Dios cruel o un científico loco o una naturaleza defectuosa le ha incrustado. Y no puede hacer nada para quitárselo.

Una vez intentó seguir el juego a las voces. Pensó que tal vez lo mejor sería escucharlas, no perderse ni una palabra de cuanto decían, intentar llegar al fondo de todo aquello. Tal vez algún día las voces se traicionarían, dejarían al descubierto... no sé, un resquicio, un rastro por el que pudiera colarse, ese secreto tan bien guardado y que llevaría a las voces al silencio, a traicionarse a sí

mismas. Un lugar secreto dentro de su propio cerebro. ¡Sí! ¡Eso podría ser!

Se levantó corriendo y fue hasta el espejo del pasillo. Se miró con atención. Se palpó la cabeza. Trató de concentrarse para dar con el posible origen, con la fuente interna de la que procedían las palabras. Luego, fue al neceser y sacó todas las agujas: agujas gruesas, finas, largas, intermedias... Y cuando pensó que ya sabía de dónde procedían las voces, comenzó a clavárselas en esa zona, agujas que le hacía aullar de dolor. Era inhumano, pero la desesperación que le producían las voces era aún mayor y ello le animaba a seguir en su imposible tarea de acallar las voces.

Al cabo de un rato, contempló su cara cubierta de sangre, su pelo empapado de aquel líquido rojo oscuro y goteante, las agujas sobresaliendo de su cuero cabelludo.

Pero las voces seguían allí.

–No se irán nunca. ¡Nunca! –gritó al tiempo que de un puñetazo rompía el espejo en mil pedazos.

Transcurrieron minutos lentos como una agonía interminable. De pronto, creyó tener la solución:

–¡El origen de las voces no está en el cerebro! –gritó excitado–. El origen está en alguna parte de mi cuerpo y de allí suben hasta el cerebro, única caja de resonancia en donde pueden expandirse y cobrar forma física por medio del sonido. ¡Pero su origen está en alguna parte de mi cuerpo!

Inmediatamente, empezó a pensar en la parte de su cuerpo que pudiera albergar el origen de las fatídicas voces. No sabía bien por dónde empezar. De repente, creyó tener la solución.

–¿Cuál es la parte de mi cuerpo que jamás heriría por tratarse de una zona sensible y delicada y al mismo tiempo con un significado especial para el hombre?

No respondió. Simplemente, de manera febril, comenzó a quitarse los pantalones y la muda. Y se quedó mirando a sus testículos con expresión horrorizada.

–¡Sí, sí! ¿Tienen que tener ahí el *núcleo*!

Acto seguido, cogió uno de los cristales rotos del espejo y se lo clavó con rabia en un testículo. Lanzó un aullido terrible. Las luces habían comenzado a encenderse en el edificio. Los vecinos se preguntaban alarmados por la causa de aquellos gritos y alboroto.

Permaneció atento a la escucha. Parecía que las voces habían desaparecido...

–Sí, sí. Se han ido –murmuró al tiempo que reía de un modo histérico, fuera de sí.

Sin embargo, al poco las voces volvieron. Primero, lentamente; luego, cada vez con más fuerza. ¡Con más fuerza que nunca! Estaban ahí otra vez. Las voces. Y le daban cuenta del último accidente, del resultado de las votaciones acaecidas en el Senado, de la capacidad del último Boeing de pasajeros, de la devastación provocada por una Tsunami, y las guerras, y el hambre, y la miseria, y...

Entonces, en vista de que las voces continuaban allá, arremetió contra su propio cuerpo. Cogía los restos de cristales que le rodeaban y los asía con fuerza, sin importarle los profundos cortes que le producían en manos y dedos, y clavaba los trozos de cristal en todas las partes de su cuerpo: en sus genitales, en las piernas, en los brazos; y luego también en el pecho, en los hombros, cuello... Pero lo más horrible llegó cuando cogió uno de aquellos afilados trozos de cristal puntiagudo y se lo clavó en un ojo. Su grito salió de su garganta como el de un animal herido de muerte en medio del bosque. Los vecinos se arremolinaban en la escalera, golpeaban a su puerta, le llamaban por su nombre (era querido o al

menos apreciado y respetado por la mayoría de los habitantes del inmueble).

Se dirigió con paso tembloroso a la ventana. La abrió. Se precipitó al vacío.

Aún respiraba cuando le dieron los primeros auxilios. Y al oído del enfermero que le atendió en sus últimos momentos, llegó a susurrar:

–Por favor, sácame estas malditas voces. ¡Arráncamelas! ¡Por favor!

NADA ANORMAL

Cuando J. entró en el establecimiento no vio nada que llamara especialmente su atención, una tienda de provincias con estantes un tanto anticuados pero pulcramente ordenados: latas de conserva, detergentes para el hogar, charcutería, una pequeña sección de frutas y verduras dispuestas en cajas apoyadas contra una pared de la tienda... Nada anormal.

Sin embargo, cuando andaba entre las estanterías, pudo ver por un instante el rostro del dependiente. Era un hombre de unos cincuenta y cinco o sesenta años, vestido con una bata blanca repleta de manchas que no podían ya limpiarse (aunque sin provocar por ello sensación alguna de “falta de higiene” o “insalubridad”). Pero no fue la bata lo que llamó su atención, sino algo en el rostro de aquel. Fue como si por un instante hubiera descubierto una expresión inhabitual, no en aquel dependiente que nunca antes había visto, sino inhabitual en un... ser humano. Sólo duró un instante fugaz, pero le pareció que en su rostro se hubiera operado una suerte de alteración, de cambio...

No le dio mayor importancia. Siguió buscando los artículos que necesitaba y según los iba encontrando los introducía en la típica canasta

de plástico de color rojo. Lentejas, sardinas de lata, atún, ensalada de bolsa, arroz con leche...

–¡Joder! –exclamó sin apenas dar crédito a sus ojos.

Allá estaba el dependiente, delante de sus ojos, a unos cuantos metros, sí, pero podía distinguir su rostro perfectamente y... ¡su cuello no era ya su cuello, sino un enorme cuello verduoso cubierto de escamas a partir del cual se proyectaba una espantosa cabeza de culebra!

–¡Se ha transformado! –pensó horrorizado.
–¡El muy cabrón se ha transformado en una apestosa culebra de enormes proporciones!

Justo en ese instante el dependiente salió de detrás del mostrador para ordenar unas mercancías depositadas en el suelo, y pudo constatar que la transformación solamente afectaba a una parte de su cuerpo. Es decir, del cuello para abajo seguía siendo una persona absolutamente normal; pero del cuello para arriba, su cabeza era la cabeza de una serpiente o... de un reptil al menos. Hay que entenderlo. Él era un hombre de ciudad. Nunca había visto una culebra ni un reptil en toda su vida, excepto en la televisión. No era culpa suya no poder asegurar al cien por cien si era un cuello-cabeza de culebra o de reptil o una mezcla de ambos. Pero era espantoso, teniendo en cuenta que

por abajo tenía piernas y abdomen y brazos y manos humanas... Vestía decentemente, eso sí.

Tímidamente, se fue acercando hacia el mostrador con la cabeza un poco agachada, tratando de ocultarse o de protegerse un poco entre las filas de artículos y las rectilíneas baldas, similar a una ciudad de mentiras. El dependiente debió escuchar algo, porque en ese instante se dio rápidamente la vuelta y descubrió a J. mirándole con una inenarrable expresión de asombro, terror y asco. Pero su estupor alcanzaría todos los límites comprensibles para una inteligencia razonable al ver que el dependiente le hacía un gesto con la mano. Un gesto que al tiempo que le invitaba a acercarse restaba importancia a la increíble situación.

Se acercó con la cestita llena de productos y cuando estuvo allí no supo bien qué hacer. El dependiente vino en su ayuda con una pregunta llena de amabilidad:

–¿Ya ha finalizado sus compras? ¿Desea dejar los productos en la cinta para que los vaya pasando por el lector? ¿O si lo prefiere yo mismo iré sacando los productos de la cesta...?

Se notaba un deje burlón en la voz del dependiente. Él, de forma mecánica, comenzó a sacar los artículos de la cesta y a depositarlos sobre la cinta. Y el dependiente procedió a pasar cada

uno de los artículos por el lector y a meterlos en una bolsa de plástico.

–Supongo que le habrá llamado la atención mi aspecto...

J. escuchó la pregunta e inmediatamente respondió con un tono de hilaridad:

–Sí, un poco... No estoy acostumbrado a las metamorfosis. Lo más metamorfoseante que me he topado nunca ha sido la Metamorfosis de Kafka.

El dependiente interrumpió un momento su trabajo y se quedó como pensando. Acto seguido añadió:

–“La Metamorfosis de Kafka...” –repitió pensativo. Y luego preguntó: –¿Eso es una marca de cacahuetes, verdad? Los sacaron hace unos años pero eran muy pesados y no se digerían muy bien. Sí, ya me acuerdo.

Y asintiendo con su cabeza de reptil (porque yo creo que más que de culebra era de reptil), siguió satisfecho con su tarea.

J. no le dijo nada. No se atrevió a remendar la enorme falta de cultura literaria del dependiente. Además, aunque no hubiera leído el libro, había incluso llegado más lejos que el propio Kafka en sus desvaríos. Aquello no era una metáfora, era un

tipo con cabeza de reptil. Era de verdad. De carne y hueso.

–Y bueno, señor –le habló J. ya un poco más animado. Y dígame, ¿Vd. pica, muerde o devora?

El dependiente echó hacia atrás su enorme cuello escamoso, y la cabeza de reptil siguió el movimiento con cierta violencia que casi le hizo perder el equilibrio. J. no pudo evitar una risita. El dependiente debió de darse cuenta, porque una lengua viperina partida en su final en dos silbó por un instante creando entre ambos hombres un silencio embarazoso.

–Perdone si le he molestado –se apresuró J. a disculparse–. Compréndalo, nunca hasta ahora había visto nada parecido.

El Dependiente volvió a sacar la lengua viperina y chasqueó con ella un par de veces. Luego, como queriendo dar por zanjado el malentendido, alargó el ticket de la compra a J. y añadió en tono amistoso:

–Son doce euros con cincuenta.

A J. le dio rabia no disponer de dinero en efectivo. Quería largarse de allí cuanto antes. Pero se fastidió y le ofreció la Visa y el DNI.

–¿Travel? –le preguntó el dependiente.

J. le respondió que no, aunque sí que tenía la Travel. “Cuanto antes salga de aquí mejor” pensó. “Igual es una broma”, se dijo para sí. Y echó un vistazo alrededor, a ver si veía alguna cámara oculta.

–Aquí tiene –oyó la voz del dependiente–.
Que pase Vd. un buen día.

J. salió de la tienda y en cuanto dobló la esquina lo primero que hizo fue tirar a la basura todos los productos comprados en la tienda. No se fiaba.

–Quién sabe. Igual era culpa de la comida –
murmuró.

En aquel instante acertó a pasar por allí un taxista. Lo detuvo y se metió en el taxi casi de un salto.

–¿A dónde le llevo, amigo? –le preguntó el taxista.

–Lo más lejos de este barrio. ¡No sabe lo que acaba de ocurrirme! –exclamó.

–¡Cuenta! ¡cuenta! –replicó el taxista volviéndose hacia él.

J. no puedo evitar lanzar un grito. Allá, frente a él, había otro cabeza de culebra, o de reptil o lo que fuera. El taxi se lanzó a las calles y J., sacando la cabeza por la ventanilla, observó las avenidas llenas de gentes, las ventanas de los edificios, las tiendas, las terrazas de los cafés, los ocupantes de los demás vehículos, los guardias... Todos, todos estaban transformados en cabezas de aquella cosa. Sus cuerpos los de siempre, sí, pero del cuello para arriba todos iban con sus cabezas de reptil, como si tal cosa, como si no les importase. Y él, él qué iba a hacer ahora. Qué iba a hacer...

De pronto, vio su rostro reflejado en el espejo retrovisor del taxi. Horrorizado, se vio a sí mismo transformado. “¡Yo también me he pasado al otro lado!”, pensó.

–¡Joder, qué asco! –exclamó.

–Tranquilo, amigo –le dijo el taxista–. Al principio, cuesta un poco. Pero enseguida se acostumbrará. Además, vea el lado bueno. Ahora ya no se sentirá tan raro...

J. bajó la cabeza y a pesar de sentirse aturdido reflexionó sobre las palabras del taxista. Y al poco, una expresión de tranquilidad se apoderó de sí mismo.

–¡Qué diablos! –pensó–. Es cierto. Ahora ya soy como todos los demás. Mejor. Así no llamaré la atención.

Y mirándose en el espejo, aprovechó para alisarse un par de escamas que tenía algo desordenadas.

La ciudad se sumergió en su bullicio habitual.

ROSTROS QUE CAMBIAN

Era tan pequeñito... Una monada. El recién nacido miraba con ojos ciegos su nuevo entorno... Madres felices, padres embelesados, abuelos y abuelas babeantes... Un poco lo de siempre. Ya sabéis. Pero el caso es que... había allí algo distinto. No sucedió de inmediato, sino que se llevó su tiempo.

Al principio todo fue bien. Pero al cabo de 8 semanas, el recién nacido comenzó a sufrir transformaciones impropias de su edad. Las transformaciones sólo afectaban a su rostro. Nunca al resto del cuerpo. Y consistían en un constante envejecer.

Resultaría difícil describir la rapidez con la que se producía ese envejecimiento; en cualquier caso, sus efectos se apreciaban de un día para otro. Y en la fase final de la transformación, los cambios operados en el rostro del bebé pudieron observarse a simple vista.

Lo más extraordinario fue cuando con apenas 15 semanas dijo a su madre:

–Ya basta de leche y papillas. ¿No hay otra cosa...?

La madre, que en esos momentos sostenía una horrible y valiosa bajilla, la dejó caer al suelo aterrada y salió de la cocina dando gritos.

El padre continuó leyendo el periódico, impertérrito. Ella se lo arrancó de un manotazo y acercando su rostro al suyo le gritó:

–¡Tu hijo habla!

Él se quedó mudo durante unos segundos. Y luego, entre incrédulo y guasón, balbuceó:

–¡Bueno, sí! Ya era hora, ¿no?

En la cocina, el niño en su cunita se hallaba inmerso en un monólogo de lo más original. Pero al ver a sus progenitores mirándole con ojos a punto de salirse de sus órbitas, interrumpió la perorata y les miró risueño.

–Hijo mío, ¿es cierto que ya hablas? – preguntó el padre con escepticismo, no dando crédito a lo que veía.

El niño le miró durante unos segundos y le respondió:

–Digamos que soy capaz de realizar construcciones sintácticas de dificultad B. No he llegado al nivel más alto, al A, pero de aquí al

próximo biberón espero haber superado sin problemas los últimos obstáculos.

El padre, volviéndose a la madre, exclamó:

–¡Es un nene prodigio!

La madre se derrumbó sobre la silla. Y con el rostro escondido entre las manos, lloró desconsolada. Menudo fraude. Ella que esperaba una larga y feliz maternidad, consagrada a ver crecer a su lindo bebé... y en apenas dos meses ya estaba hablando de todo y con una soltura insoportable. Ahora, el niño disertaba acerca de política internacional. Y el padre, haciendo gala de su acostumbrada sensibilidad, dijo:

–Un poco Perogrullo sí que es. Y además, no estoy de acuerdo con lo que ha dicho, porque...

Un cachete de su mujer –histórica, la pobre– interrumpió el hilo de sus razonamientos.

Y así pasaron las semanas. Mientras el cuerpo del bebé sufría los cambios lógicos y naturales de su edad, su rostro sin embargo se iba transformando día a día en el de un adulto. Y su transformación era también psicológica, es decir, afectaba a todos los aspectos y a todas las facetas del individuo. Pero un día dejó de hablar, y se limitó a mirarlo todo desde su cunita. Renunció a la comida y dejó también de hacer caca y pis. Los

padres barruntaron lo peor. Llamaron al médico y éste en cuanto vio el caso les reprochó:

–¡Pero hombre! ¿Cómo no me han llamado antes!

La madre, entre sollozos, preguntó:

–¿Es grave?

Y el doctor, haciendo gala de un tacto y discreción exquisitos, respondió:

–Gravísimo. En 24 horas va a hacer “plof”.

Los padres se miraron con expresión interrogante.

–¿Plof...? –balbuceó él.

–Plof –asintió el médico sacándose de la oreja un taco de grasa.

Según les explicó, tales casos se estaban dando por docenas en toda la ciudad. Los niños recién nacidos comenzaban a envejecer a una velocidad asombrosa. Mejor dicho, su rostro, la cara. Porque el resto del cuerpo continuaba desarrollándose al ritmo natural. No se sabía cuál podía ser la causa. Por el momento, no existía vacuna ni medicamento alguno para hacer frente a la fatal enfermedad. En unas pocas semanas los

niños alcanzaban la facultad del habla y en otras pocas semanas la volvían de nuevo a perder. O al menos, dejaban de hablar. Bueno, la mayoría; había algunas excepciones... De un modo u otro, el caso es que el final era el mismo para todos: en un plazo máximo de ocho meses, diez con un poco de *suerte*, la cabeza del recién nacido estallaba. Una muerte horrible...

Los padres quedaron desconsolados. Se sentaban frente a la cuna y pasaban los últimas y fatídicos días acompañando al bebé ya por entonces mudo pero con un severo rostro de adulto. Habían conocido todas las fases humanas en aquel rostro cambiante: del bebé recién nacido al niño juguetón; luego, el rostro del adolescente; más tarde, el del joven; a la quinta semana, el adulto de 30 años; a continuación afloró el rostro del cuarentón; y acto seguido el del cincuentón; en la séptima semana, el recién jubilado; en la octava, el abuelo...

Ya en sus últimos momentos, cuando en el rostro del niño no había otra expresión que la del hombre viejo y decrepito, en la cocina apenas iluminada por la luz del extractor de humos, los padres, cogidos de la mano y sentados frente a la cuna, aguardaban el fatal desenlace...

“Plof”, se escuchó.

Él, con el corazón en un puño, se levantó y miró hacia la cuna, donde yacía el cuerpo del bebé con la cabeza reventada como una sandía estallada.

–No mires –le dijo a ella.

Luego abrió un cajón y sacó una bolsa de nylon de color negro. Ella se levantó corriendo, hecha un mar de lágrimas. Él suspiró hondo y se dispuso a hacer lo que tenía que hacer.

No tuvieron más niños. Pero contrataron la televisión de pago y se dieron de alta en Internet, y todo ello les ayudó a sobrellevar el olvido.

LA PÉRDIDA

El coche se pierde en la carretera. Y el conductor también. Uno no tiene conciencia de esa pérdida. El otro sí. Tal vez...

Lleva horas conduciendo y no sabe adónde se dirige. Hace un esfuerzo, pero no logra recordar el destino de su viaje. Ni siquiera sabe su nombre. Todo se ha borrado de su mente. Tiene recuerdos, sí, pero no sabe asociarlos, son como parte del paisaje que corre ante sus ojos: objetos que al instante han desaparecido.

La radio. La enciende. Vuelve a apagarla. Otra vez la enciende. Y el ruido del motor, monótono, impecable...

De vez en cuando, una gasolinera. Aunque todavía no le hacía falta repostar, se detuvo en una. Quería hacer la prueba; si sería capaz de recordar algo al bajarse del coche; o, al menos, si sería capaz de pedir ayuda, de preguntar el nombre del lugar, dónde estaba...

Pero ni siquiera llegó a bajarse del coche. El empleado le llenó el depósito, pagó al contado y emprendió de nuevo el camino.

El paisaje de la autopista era monótono. Casi como si no hubiera paisaje, como si también la carretera hubiera perdido la memoria y sólo pudiera ofrecer un aburrido paisaje de asfalto, setos, rayas pintadas...

Por un instante, se preguntó si al resto de conductores les sucedería otro tanto. ¿Sabía cada uno el lugar exacto al que se dirigían? ¿o, al igual que él, iban perdidos, incapaces de recordar el origen de ese viaje, ignorando su nombre y apellidos, en medio de esa nada móvil e inmóvil que le rodeaba, haciéndose la ilusión de que realmente iban a algún sitio?

Sólo el cielo cambiaba. Unas veces amplio, y otras más chico (como si hubiera encogido). Y las nubes, a veces sucias a veces inmaculadas a veces... disipadas. Como él. Desaparecidas en aquella carretera exactamente como él también había desaparecido. Por un momento, pensó en detener el coche y saltar la valla de protección. Sintió una gran necesidad de escapar. Se sintió preso, acorralado en aquella autopista interminable, yendo hacia algún lugar que probablemente no recordaría...

Un autobús le adelantó. “Iba repleto”, pensó. Y por un instante, hizo unas señas al autobús. A la gente que iba en él. Una muestra de solidaridad entre aquellos que compartía su nada, su olvido. Tal vez fuese una carretera para aquellos

que se olvidaron de sí mismos. Y qué podía hacerse ahora, sino continuar hasta el final (si es que había un final). Y aunque lo hubiera, ¿qué sería si no el principio de otra carretera, de otro final? Y luego otra autopista más, y otra, y otra...

Los pensamientos le agobian. Enciende la radio. La canción le parece estúpida. Pero no cambia de emisora. En todo el viaje nunca ha cambiado de emisora. Siempre escucha la misma. Si no le gusta, la apaga. Y si el silencio se le hace insoportable, vuelve a encenderla.

Llega a una zona de obras. Baja la velocidad y durante un tramo apenas sobrepasa los 30 Km. por hora. Los trabajadores le observan mientras pasa despacio. O, al menos, eso le ha parecido a él. Que le han observado, que le han mirado de un modo especial. “Tal vez ellos sí sepan a dónde voy, quién soy, cómo me llamo”. Luego, el tramo en obras finaliza y vuelve a recobrar la velocidad normal, 100-120 Km. por hora.

Al volver a circular a alta velocidad se siente mejor, casi alegre. A esa velocidad, todo es más llevadero. El olvido sobre todo. Ves cómo transcurre el paisaje, tan deprisa que apenas queda tiempo para la nostalgia, para las preguntas, para sentir la pérdida, el peso del olvido.

Un peaje. Tiene monedas. Pero decide pasar por “el hombrecillo”. Así es como llama a los

cobradores de peajes. No lo hace con ánimo despectivo; es por el dibujito del anuncio. Un hombrecito de color azul, con una gorra...

Está nervioso. Según se va acercando siente un nerviosismo incontrolable. Asoma la cabeza por la ventanilla; da a entender que tiene prisa. ¡Él, que si se lo pidieran detendría inmediatamente el coche y no volvería jamás a subirse de nuevo! Pero quiere disimular su soledad, su olvido imperdonable: “No sé quién soy. Lo siento, olvidé mi nombre y mis apellidos. Tal vez esté casado y tenga hijos. Tal vez tenga un buen trabajo en algún sitio, una casa maravillosa, un perro...”. Se imagina que todas esas cosas cuenta al encargado del peaje. Sonríe radiante al imaginar la cara de sorpresa que pondrá cuando se lo cuente; seguro que le ayuda a bajarse del coche, le invita a pasar la noche en su casa, le presenta a sus amistades, y por último le ayuda a recordar quién es, de dónde viene, a dónde se dirige. Su nombre... sus apellidos...

Saluda al llegar a la altura de la ventanilla. Pero su tono de voz resulta chillón, excesivo, fuera de lugar. El encargado le mira de soslayo, apenas responde al saludo con un murmullo, “tres con cincuenta” repite otra vez en los oídos sordos del conductor, que no da crédito a lo que ve.

–¡Tres con cincuenta! –exclama–. ¿Eso es todo? –pregunta ante la mirada inexpresiva e interrogadora del encargado.

“Tres con cincuenta”, murmura para sí. “Con eso no me da ni para saber mi nombre y mis apellidos. Es un precio demasiado bajo para tanto recuerdo como tengo”.

Y nada más salir del peaje da media vuelta y vuelve a entrar en el mismo tramo de autopista. Está decidido. Lo ve bien claro. Cuanto ha olvidado no lo va a encontrar carretera adelante. Todos sus recuerdos están tras de sí. En ese tramo de carretera recorrido. Seguir hacia adelante significa olvidar más, perder más recuerdos si cabe todavía, sumergirse aún más en el olvido, en la nada, en la ignorancia de sí mismo. Tiene que regresar. Seguro que en un momento dado la visión de un cartel, de una señal, una nube en el cielo, el color de la tarde en un momento determinado le harán volver a recordar, sabrá de nuevo quién es, qué hace en esa carretera, quiénes son los suyos, porqué se había olvidado de quién era. Habrá una explicación en algún sitio. Y si no, regresará al anterior peaje y allí preguntará. No todos los encargados van a ser tan antipáticos y egoístas. Alguno habrá dispuesto a ayudarlo, a explicarle... Es justo ese tramo de autopista, entre un peaje y el siguiente, ahí es donde ha perdido la memoria, donde ha dejado de saber quién es. La pérdida se ha producido ahí y ahí es donde tiene que empezar a buscar. Aunque se pase toda la vida yendo de un peaje al otro conseguirá dar con la respuesta y su vida volverá a ser la de antes. *¿Cuál? ¿Qué vida exactamente?* No

lo sabe. ¿Cómo lo va a saber si se le ha olvidado? Pero no importa, la de antes, la vida que siempre tuvo, su vida de siempre, antes de que cayera en el olvido, antes de que olvidara quién era. A fin de cuentas, la pérdida de la memoria, pensó, no es una pérdida en sí, sino más bien una sensación. Lo único que hay que hacer es retroceder, retroceder hasta el lugar en concreto en donde ésta tuvo lugar. Entonces, la recoges, la vuelves a asimilar (como un Peter Pan que recobra al fin su sombra) y entonces sí, entonces ya puedes seguir tu camino, porque ya sabes quién eres, cómo te llamas, a qué te dedicas, cuántos hijos tienes (o si alguno ya murió)... Y a partir de ahí, ya puedes caminar hacia adelante.

“Como los cangrejos”, murmura adentrándose en el tramo de autopista ya recorrido. Y casi al instante se da cuenta de que el paisaje, en su monotonía, es un nuevo paisaje, irreconocible, nada parecido al anterior. Y pisa el acelerador a fondo.

EJECUCIÓN SUMARÍSIMA

Aullaba. Aullaba como un lobo herido de muerte. Sin pudor. Sin importarle el grupo de testigos reunidos para la ejecución. Los mismos que le habían condenado (gentes honradas, de las que saben mirar hacia otro lado y arrojar rosas al paso de los vencedores). Le habían condenado, ¿no? Estaban allí para verificar la ejecución, para valorar el peso de sus extravagantes decisiones (¿no es acaso extravagante condenar a muerte a quien es absolutamente ajeno a tu vida?). Así que aullaba. Aullaba mientras el fuego de la electricidad le achicharraba el cuerpo. Es curioso. La electricidad nos rodea pero no la sentimos; forma parte de nuestra rutina diaria y ni siquiera sentimos su presencia. Pero cuando estás atado a una silla de metal con un montón de cables amarrados a tu cuerpo y alguien le da al interruptor, entonces no hay duda: ¡el fuego de la electricidad quema! En realidad, la electricidad es el fuego transformado, metamorfoseado. Es, en su aspecto civil y pacífico, la cara risueña del fuego, su rostro bondadoso, incluso curativo (excepto, claro está, en la silla eléctrica).

Los veía allí, delante de él subyugados con el espectáculo. Podía ver en sus ojos el arrepentimiento por el veredicto fallado, pero también la fascinación. ¿Quién iba a decir a

aquellos insignificantes ciudadanos que algún día ellos ELLOS decidirían la suerte de un ser humano, le darían su perdón y su indulgencia o la máxima pena, serían como un juez omnipresente pero sin haberse pasado media vida superando oposiciones?

Allí estaba la señorita Marta. Sabía su nombre por una mera casualidad (una indiscreción de otro de los miembros del jurado, que la llamó por su nombre al final de una de las vistas, cuando aún se estaban retirando de la sala todos los presentes, supuestos culpables y supuestos inocentes, supuesto asesinos y supuesto corderitos, acusados y acusadores. En suma, la plebe, la canalla de las Salas de Justicia).

Y mientras tanto, él aullaba. Aullaba como un perro rabioso que clamara de una vez por todas y para siempre por su último final, por su muerte, su derecho a morir, no ya con dignidad ni con bondad, si no simplemente morirse ya de una puta vez por todas. Los guardias habían comenzado a mirarse los unos a los otros con una expresión perpleja, de desolación incluso (no se sabe bien si por piedad al reo o si por el temor a las represalias del señor director –rodarían cabezas por aquello-).

La chica de la prensa estaba entusiasmada. Era la única que continuaba mascando chicle a mandíbula batiente, dejando al descubierto una sonrisa llena de afilados dientes. “Prensa” podía

leerse en la tarjeta que le habían colocado en la solapa (sobre una teta).

Y él la veía. En medio de su dolor la veía mascar chicle como si nada, como si no fuera él sino un pollo dando vueltas en un asador. “La muy puta” pensó. “Así te follen con un consolador de 220 voltios”.

Le sorprendía ser capaz de pensar en todas esas tonterías al tiempo que su cuerpo se sacudía enloquecido por las terribles descargas eléctricas.

Se fijó un poco más en Marta y vio que tenía la mirada perdida. “Ésa ha decidido desconectarse. No se lo reprocho. Supongo que no debo de ser un espectáculo muy *edificante*”. Le hizo gracia y trato de reírse, pero sólo consiguió lanzar un alarido capaz de romper el corazón a una hiena. Hasta la periodista dejó, por un momento, de mascar chicle.

Alguien gritó:

-¡Ya basta! ¡Detengan esta barbarie!

Dos de los miembros del jurado se pusieron en pie y exigieron la paralización inmediata de aquella horrorosa ejecución (uno tenía entre las piernas un gran ronchón húmedo).

“Ése al menos no es de piedra. Se ha meado en los pantalones. Siempre se agradece un poco de humanidad”, pensó el reo sin dejar de gritar y de sacudir su cuerpo a un ritmo frenético.

Y mientras tanto, su carne, aquellas partes del cuerpo que el traje de prisión no tapaban (cara, cuello, manos, pies desnudos) iban adquiriendo un tono verde-azulado-negrusco que no hubiera dejado indiferente ni al mismísimo Dios.

-Está jodida la cosa –dijo uno de los de seguridad.

El reo le oyó pese a todo y pensó “¿Verdad que sí, cabrón hijo de puta?”.

Uno de los policías encargados de la ejecución trató de desconectar la corriente, pero al girar la llave todo siguió igual. Las descargas de electricidad continuaron achicharrando al condenado cuyo rostro apenas se podía ver oculto entre una nube de humo y charcos de espumarajos y escupitajos sanguinolentos.

-Se habrá quemado el interruptor general. Un exceso de corriente ha debido fundir el metal y ahora la corriente fluye sin control –dijo el “técnico”.

-¿Y qué podemos hacer? –preguntó un poli gordinflón. El “Dire” se va a cabrear la hostia.

-Ha sido por la tormenta. La ejecución ha debido de coincidir con una caída de rayo que se ha ido a colar por el sistema eléctrico. Eso ha elevado el voltaje de manera que ahora pasa por el cuerpo del reo a tal velocidad que no llega a afectar sus puntos vitales, aunque en cambio achicharre literalmente su parte más superficial: la piel, la carne de la zona del cuerpo menos profunda. Si no hacemos algo, podríamos estar así horas.

“¡¡¡Horas!!!”, aulló el reo en sus pensamientos, en medio de terribles sacudidas y estertores que no acababan de traerle la ya tan ansiada muerte.

De pronto, dejó de ver y dejó de escuchar. Fue como si hubiese salido de su propio cuerpo, como si la electricidad le hubiese dado una patada a su alma y le hubiese dicho: “Hala, largo de aquí antes de que tu también te achicharres”. De modo que ahora veía su cuerpo ahí abajo convulsionado en medio de un tormento infinitamente atroz, un adelanto del castigo eterno. Él, que en vida no conoció más que el lado hostil y encoñado de la vida, así es como le habían despedido del mundo. Le dio rabia y pena e impotencia y... Se miró asimismo y no vio nada. Pero podía sentirse. Estaba allí, en algún lugar del habitáculo, mirando desde arriba su propio cuerpo. Pensó por un momento en reunirse con los del jurado y continuar el espectáculo desde allí, sentado en uno de los

taburetes, uno más entre ellos. Incluso, le habría gustado acercarse a donde Marta y haberle tapado los ojos con una mano, y luego, con dulzura, con ternura, haber sacado de allí a aquella pobre joven que el destino y sus gobernantes la habían convertido en cómplice de un acto tan vil y tan cobarde. Pero algo en su “fuero interno” le dijo que eso no era lo correcto. Él ya no era humano. Ahora seguro que tendría otros quehaceres, otras obligaciones y otros objetivos que cumplir. Sabía quién había sido él en su anterior y recién finalizada existencia, pero no estaba seguro de saber quién era exactamente ahora. Vio un respiradero y se coló por allí buscando de manera instintiva el aire libre. Por casualidad, se topó con el cable que conducía la temida electricidad y siguiéndolo dio con la causa del problema: un trozo de carcasa fundido que impedía al dispositivo de seguridad interrumpir la corriente. “Tal y como el sabiondo había imaginado”, pensó. Con un soplo de su nueva vida desgajó la carcasa fundida del resto de la instalación e inmediatamente escuchó varios gritos de terror y alivio provenientes de la sala de ejecuciones. Pensó por un momento en volver atrás y observar el resultado de su acción. Pero no lo hizo. Continuó su camino en busca de la nueva libertad, la tierra prometida, el lugar del que nunca debimos salir.

AMNÉSICO COMPULSIVO

Sencillamente, no le daba la gana de recordar. Ya estaba harto. Harto de sí mismo. Harto de los demás. Harto de todo. Así que tomó una decisión: simular una amnesia *cuasi* total. Dicho y hecho.

Al día siguiente, cuando sonó el despertador, R.J. permaneció en la cama. No se levantó para ir a trabajar. Vino su mujer y le preguntó:

—¿Qué, no vas a levantarte hoy?

No le respondió nada. Su mujer volvió a repetirle la pregunta. Él se tomó su tiempo. Y al final, le replicó con otra pregunta:

—¿Quién es Vd.?

Fue como una segunda ducha para la esposa. Se le quedó mirando con una expresión entre divertida y de asombro.

—¿Cómo que quién soy yo? Tu aborrecida esposa. No me sorprende que olvides nuestro aniversario, pero que te olvides de que soy tu esposa me parece sencillamente excesivo.

–No sé quién es Vd. ¿Qué hago aquí?
¿Cómo me llamo?

Tras un par de minutos y otra sarta de incongruencias, la expresión de Adeline cambió bruscamente. Luego, salió apresurada del cuarto en dirección a la sala de estar, en donde estaba el teléfono. A partir de ahí, todo fue un ir venir de familiares, amistades, médicos... Decía no reconocer a nadie. Sólo él sabía la verdad. Pero representaba tan bien su farsa, que por un momento sintió que tal vez aquello acabaría en serio...

Pasaron los días, las semanas, los meses... Los médicos no encontraban nada anormal en su cerebro, pero tal y como les dijo uno de los psiquiatras a los que acudieron: “El cerebro es inmenso como el universo. Y basta que una minúscula célula, un insignificante átomo se mueva y altere su primitivo lugar, para que ello tenga fatales –o felices– consecuencias. Desgraciadamente, no existe modo alguno de saber qué célula, qué átomo es el que se ha movido; y aunque lo supiéramos, desconoceríamos el lugar que antes ocupaba”. Sólo restaba esperar. “A veces, las cosas se van como vienen...”, les dijo sin mucho convencimiento.

Pasaron los años y las cosas siguieron igual. Nadie esperaba ya cura ni mejora en el enfermo. Familia poco dada a la fe, tampoco manifestaban mucha esperanza en los milagros. R.J. se había

convertido en mudo testigo de la nada que acabó por rodearle. Su mujer, de todas maneras, no le abandonó por piedad y tal vez también por amor (las mujeres, ya se sabe, son todas unas románticas incurables). Aún así, pasaba muchas noches e incluso días fuera de casa. Se había acostumbrado a los amantes (ya antes del matrimonio los había tenido; y ahora, con un marido inútil y amnésico de quien además no recibía reproche alguno –al contrario, siempre le daba la bienvenida con una sonrisa a su regreso al hogar–, no se lo podía haber puesto más fácil). Pero no seamos ramplones. Ella le amaba, a su manera. Y nunca hubiera podido abandonarle. En cuanto a él, digamos que sabía apreciar la entereza y la innegable fidelidad que, a su manera, ella le había demostrado. Así que no le daba importancia a sus escaramuzas amorosas. Además, R.J. veía los acontecimientos desde una perspectiva totalmente distinta a la de los demás humanos. Su fingida amnesia le había convertido en un enfermo crónico; pero lejos de transformarse en un tirano, como suele ocurrir con aquellos que adolecen de una enfermedad fatal (o que la fingen), él había conseguido una autonomía completa como persona y sobre todo como enfermo. No era una carga para nadie. Todas las necesidades físicas las realizaba él solo sin ayuda de segundas personas: vestirse, ir al baño, prepararse la comida... Funcionario de carrera, había conseguido una invalidez total y seguía cobrando prácticamente lo mismo que antes. Se limitaba a observar los acontecimientos, al mismo tiempo que fingía

haberlos olvidado; sin embargo, como sabemos, no solamente no los había olvidado, sino que continuamente reflexionaba acerca de los mismos. Su personalidad era aparentemente un círculo cerrado; y digo aparentemente, porque en realidad él abría y cerraba el círculo a propia voluntad. Su fingida amnesia le daba la oportunidad de observar a los demás bajo un simulacro de silencio (en su interior, casi podía escucharse el ruido del engranaje –entiéndase el cerebro–, similar a una máquina perfectamente lubricada y que cumplían sus funciones de forma impecable).

Pero un día la soledad o el destierro al que había sometido a sus pensamientos y a su personalidad se rebelaron y sintió la necesidad de salir de aquel encierro en el que durante largos años había permanecido de forma voluntaria, sin salir prácticamente nunca a la calle (al principio solían llevarle a pasear, pero era ante lo único que reaccionaba de manera negativa, ya que por alguna razón le desagradaba salir de casa –si hubieran elegido las primeras horas de la mañana o de la noche, seguro que habrían conseguido mejores resultados –en ese sentido, cabe decir que nunca sus allegados le habían llegado a conocer del todo, claro que... ¿y quién conoce bien a quién...?).

Salió de casa solo por primera vez en muchos años. Al principio, no le fue fácil continuar con su farsa. Se le hacía duro dar la espalda, por ejemplo, al viejo conocido que se acercaba a

saludarle y al que realmente le hubiera gustado devolverle el saludo con interés y afecto; o esos otros minutos que hubiese querido emplear charlando con un vecino de cosas triviales... No sé, mil detalles. Son tantas las ocasiones en las que interviene de modo directo o indirecto nuestra memoria. Una vez que decides prescindir de ella, prescindes hasta de la vida misma. De hecho, una de las primeras cosas de las que prescindió fue del habla. No es que se hubiera vuelto mudo; ante una pregunta insistente, él respondía. Sobre todo si era Eveline o algún familiar cercano quien se la realizaba. Pero siempre se trataba de preguntas sencillas, rutinarias, con el tiempo vacías... “¿Estás bien?”, “¿quieres alguna cosa en especial para comer?”... Ese tipo de preguntas.

Cuando comenzó a salir a la calle solo, cundió el temor y la inquietud entre los familiares. Pero al ver que siempre regresaba, se fueron acostumbrando a ello y acabaron incluso por alegrarse, pensando que tal vez podía ser el síntoma esperado de una mejoría en su enfermedad.

Pasaba largas horas sentado en la estación central. A veces, también elegía la Central de Autobuses, pero sobre todo era la estación de tren la que más le atraía. Allí, en medio de una marea humana siempre cambiante, siempre desconocida, con aquel bullicio y excitación propia de los viajeros que se aprestan a un viaje, podía decirse que se sentía como en casa. Es decir, ya no era un

desarraigado en medio de un país de arraigados (su casa, su familia, su entorno cercano); sino que en la estación era un desarraigado más en medio de todas aquellas personas que por un instante perdían su entorno habitual, su “seguridad”, y se subían a un tren con la incógnita que todo desplazamiento importante conlleva. Había algo del amnésico en todos esos viajeros.

Y entonces, un día tomó la gran decisión: subirse a uno de aquellos trenes (no importa a cuál) y continuar representando la farsa hasta el fin de sus días. No habría de acabar bien aquella historia. Y lo sabía: ¿qué podía depararle a un hombre amnésico en medio de una ciudad desconocida? Era como arrojarle a los cocodrilos. Pero asumió su decisión, su destino, su causa absurda y de antemano perdida. No habría marcha atrás. No deseaba la curación (a pesar de tenerla al alcance de la mano). Sólo quería adentrarse en el viaje, llegar al fondo de aquel extraño sueño; quería vivir la pesadilla cuando fuera necesario y gozar del sueño dulce cuando éste se le presentara (si es que alguna vez llegaba a presentársele). Saltó al vagón; se quedó allí agarrado al pasamanos de hierro, de pie, mirando hacia el andén, sintiendo cómo aquella marea de gente se desvanecía en su olvido y sintiendo a la vez cómo su olvido se quedaba allá, en la estación, en el banco donde tantas horas había pasado sentado mirando el trajín de máquinas, viajeros y trabajadores. Se fijó en el reloj de la estación. Marcaba una hora. La leyó pero no la

reconoció. Luego, vio su ciudad al paso de la marcha del tren, pero tampoco la reconoció. Miró al cielo de su ciudad pero le pareció que era otro. Por último, entró en el vagón y cuando lo hizo se dio cuenta que él era ya otro hombre, no el hombre amnésico, ni tampoco el anterior a la farsa, sino otro hombre distinto, ni peor ni mejor, un hombre diferente... que tampoco llegó a reconocer.

SUICIDIO FINGIDO

Estaba allí, sentado en el banco, con las manos en los bolsillos de la chamarra verde, arrugada. En principio, nada había de anormal en ello. Tal vez, su aspecto, como el de alguien que se sintiera “extraviado” o abocado a una tristeza más profunda de lo normal. De todos modos, nada que pudiera llamar la atención de los viandantes demasiado apresurados e inmersos en sus propias preocupaciones y quehaceres.

En el bolsillo, el joven acariciaba la culata de la pistola. Veía pasar a todas aquellas personas pero al mismo tiempo no las veía. Pensó por un momento que tal vez era invisible, él... o tal vez, todo aquel tropel de gente... eran invisibles, y él les podía ver por alguna razón misteriosa y extraña...

Ya no sentía el frío del metal del arma. Llevaba tanto tiempo acariciándola que había adquirido el calor de su propio cuerpo. El cargador tenía ocho balas. Las había contado.

–Ocho palabras de amor –pensó burlón.

Un perro se acercó y le olió. Miró con un poco de odio al animal y éste parece que se dio cuenta porque acto seguido se marchó.

En un escaparate, una dependienta se afanaba en engalanar los maniqués y adornos del mismo. Trabajaba descalza y sus pies llamaron la atención del joven. Se quedó un rato mirándolos. Ella se dio cuenta y le hizo gracia, aunque acabó por ponerse nerviosa y se apresuró a terminar cuanto antes el trabajo del escaparate.

“Ocho balas”, pensó el joven. “Con una tengo más que suficiente”.

Había decidido suicidarse. Hacía tiempo que lo hubiera hecho, si antes hubiese tenido la suerte de encontrarse la pistola. A veces (si no siempre) es la casualidad quien guía nuestros pasos. Creemos que somos nosotros los que decidimos, pero es mentira. No es “el destino” en ese sentido tan griego y total... Es más bien la causalidad de la casualidad, es decir, que detrás de toda casualidad hay una causa que en la mayoría de los casos no alcanzamos ni tan siquiera a barruntar. De ahí, de esa ignorancia previa, surge la idea de un “destino”, como si nuestras vidas ya estuvieran escritas desde el momento en que nacemos o tal vez desde mucho antes. Pero no es así. Es la casualidad (no la causalidad) la que guía nuestro destino (esta vez en un sentido más profano), que a su vez responde a una serie de causas (esa casualidad no habría tenido lugar si determinada causa o causas no hubiesen a su vez intervenido).

En el caso del joven en cuestión, así es como las cosas habían sucedido. Se había encontrado la pistola. Y se la había encontrado en un contenedor de basura por mera casualidad. Fue a arrojar un desperdicio y vio en el mismo algo que le llamó la atención. Miró mejor y se fijó en lo que parecía ser la culata de un arma, la sacó y se la metió en el bolsillo.

Luego, en un lugar a salvo de miradas indiscretas, la examinó a placer. Fue entonces cuando contó las balas que había en el cargador. Las sacó y volvió a meter una por una. Y por último, cargó el arma tal y como había visto hacerlo mil veces en las películas. Y funcionó. Era sencillo, bastaba con echar hacia atrás la parte superior que corría paralela al cañón de la pistola. Luego, volvió a guardarla en el bolsillo y echó a andar.

Desde ese momento una sola idea se había apoderado de su ánimo. Pensó que era lo mejor que podía hacer. Era como un mensaje, como una invitación. “Nunca se sabe lo que el futuro puede depararnos”, pensó. “Tal vez, dentro de dos años quedemos inválidos en un accidente; tal vez el médico nos diagnostique un cáncer terrible, feroz; una agonía lenta; o tal vez suframos las peores torturas en un centro de detención... Esta pistola podría ser un acto de amor, lo mejor que podría ocurrirme en comparación con lo que en un futuro podría sucederme”.

Tales eran los pensamientos del joven sentado en el banco en medio de la céntrica avenida. La joven dependienta ya casi había finalizado su labor. Cosa que entristeció al joven, puesto que la visión de la dependienta en el escaparate con los pies desnudos le había encandilado. Ella también casi se había acostumbrado al joven mirón y se afanaba alegre y complacida en su tarea. En ese momento, alguien que parecía el encargado de la tienda se acercó a ella y lo que le dijo debió de ser algo desagradable, puesto que en su rostro y gestos se reflejaron el fastidio. Acto seguido comenzó a desvestir a los maniqués, desapareció llevándose la ropa y volvió a aparecer con otras indumentarias con las que se apresuró a vestir a las muñecas gigantes del escaparate. Apenas faltaba medio hora para la una del mediodía y se veía que deseaba terminar lo más rápidamente posible.

El joven se levantó. Dio unos pasos sin alejarse demasiado del banco. Dos policías se acercaban hacia él. Por un momento se sintió aterrorizado.

“¿Y si me descubrieran el arma? ¿Cómo lo justificaría? Pensarían que soy un delincuente o tal vez miembro de un grupo armado...”.

Regresó al banco y se sentó allí a esperar la llegada de los guardias. Con la mano asió con

fuerza la pistola y con un dedo quitó el gatillo. Era muy sencillo. No había en la pistola ninguna otra pieza que al presionarla se corriera hacia un lado. Tenía que ser el seguro. Lo que no sabía era si el arma llegaría a disparar o no. “A veces se encasquillan”, pensó. Lo había visto en las películas. “¿Y si fueran balas de fogueo...?”. Si fuera así, estaría perdido.

Los dos policías estaban a un par de metros. Unas gotitas de sudor resbalaban de su sien. Llegaron a su altura y... pasaron de largo.

Respiró aliviado. Todo estaba bien, como al principio. Pero siguió agarrando con fuerza el arma.

“Ha llegado la hora”, pensó con determinación.

Se imaginó por un instante el alboroto que se organizaría en la calle al escucharse el estampido del arma. La gente echaría a correr, gritarían, habría algún que otro ataque de nervios, los dos guardias desenfundarían sus armas y acudirían rápidamente... Y él, en medio de un gran charco de sangre, sería el protagonista de esa extraordinaria historia que más tarde sería comentada en la prensa, en la televisión... Y las personas testigo de lo sucedido lo contarían una y mil veces a sus allegados, familiares, amigos... Pasaría a ser como uno más de la familia de todos ellos. “Yo lo vi con

mis propios ojos”, comentarían. “Se levantó del banco y sacando del bolsillo una pistola se pegó un tiro”.

Se levantó del banco. Sacó la pistola del bolsillo. Levantó el brazo y así, manteniéndolo en posición horizontal, apuntó con cuidado hacia la dependienta que en aquel momento le daba la espalda. Apretó el gatillo. Se escuchó casi al mismo tiempo un gran estruendo de cristales rotos. La gente gritó. Hubo carreras, caídas... Una auténtica estampida. Luego, apuntando siempre hacia la dependiente, apretó de nuevo el gatillo. Y otra vez. Otra vez. Así hasta que el arma hizo “clic”. No había más balas.

–¡Alto ahí! ¡Tira el arma! –escuchó a sus espaldas.

Eran los dos policías. Con el rabillo del ojo pudo verles. Ambos estaban semiagachados, en cuclillas casi, y le apuntaban con sus armas reglamentarias. Ya no tenía balas, pero solamente él lo sabía. Lo que iba a hacer también lo había visto en las películas. Se daría la vuelta rápidamente y haría como si fuera a dispararles. Los policías repelerían el ataque y lo acribillarían a balazos. Sonrió para sí. Echó un vistazo al cuerpo de la dependienta arropado ahora en un mar de sangre, de prendas, de maniqués caídos y de cristales rotos. “No sólo muero, sino que también mato. Soy, digamos, un *suicidante*”. Le hizo gracia

la palabra, a pesar de ser absurda e incorrecta (tal vez por eso le gustó, porque se avenía a lo absurdo e incorrecto de su acción).

Luego, observando de reojo a los dos agentes, se aprestó a tomar la que sería la última decisión de su vida.

“Uno, dos, tres. ¡Allá vamos!”

TIRANDO DEL HILO

Comenzó a tirar primero de un hilito. Era fino, casi invisible, tal vez parecido al color vainilla, semi transparente. Y tiró de él con fuerza, pensando en quebrarlo a los pocos centímetros. Pero, ¡oh sorpresa!, el hilo no se quebró sino que se alargó y se alargó...

–Vaya –dijo. –Parecía un hilo del jersey, pero no...

Se quitó el jersey con cuidado, sin perder de vista la hebra, y luego volvió a tirar suavemente, agarrando el hilo con ambas manos y recogiénolo a medida que iba soltándolo. Al final consiguió liberarlo del todo y se quedó con el hilo en la mano. No acertaba a comprender de donde había podido salir una hebra semejante. Era como de color vainilla... Su camisa sin embargo no contenía ningún color avainillado. Era roja. Completamente. Iba ya a dar el asunto por zanjado cuando se apercibió de otra hebra más, esta vez sobresaliendo de la manga izquierda de su camisa. Tiró un poco y...

–¡Diablos! –exclamó.– Otra más.

Esta vez era de color verde claro y desde luego no era de su camisa. Miró hacia el jersey que

había arrojado a un metro de sí mismo. Era imposible que fuera ni del jersey ni de la camisa. Se quitó los pantalones, por si acaso, y hurgó durante un buen rato en busca del origen de la hebra. Pero allí no había tampoco ni rastro de la misma. Luego, hizo otro tanto con la camisa. Se la quitó, le dio la vuelta, miró una por una todas las costuras... Nada.

Comenzó a tirar de la hebra color verde, allá, tal y como estaba, sentado en la alfombra. Y al igual que con la anterior, al alcanzar un metro y medio aproximadamente, dio con el cabo opuesto del hilo. Se miró los calzoncillos.

—Es imposible —se dijo—. Son de color blanco.

Por si acaso se los quitó y escudriñó cada puntada en busca de un hilo absurdo y colorido... Pero su búsqueda fue infructuosa.

Entonces, vio otro hilo más. Esta vez era de color azul. Sobresalía del borde de uno de sus calcetines y respiró aliviado, pensando que ya había dado con el origen de los obstinados hilitos. Tiró de él y a medida que tiraba se dio cuenta de que aquel hilo azul era imposible que fuera de sus calcetines, puesto que estos eran de color negro. Exasperado, tiró con fuerza del hilo y al llegar a un metro y medio aproximadamente se quedó con el cabo opuesta en la mano.

Estaba furioso. Aquello no tenía lógica. Se quitó los calcetines, dispuso la ropa en una silla de manera ordenada y pulcra, y acto seguido regresó a la alfombra, en donde se quedó mirando perplejo los tres hilos, que seguidamente alisó y colocó bien estirados en el suelo, uno junto al otro.

Y ya iba a dar el juego por acabado, cuando se dio cuenta de que otro hilo más sobresalía de su pierna, a la altura del muslo. Esta vez era de color rojo. Al principio, se quedó allí sin saber qué hacer. Examinó con atención el muslo y al cabo de dos o tres minutos llegó a una conclusión que le sumió no sólo en una gran confusión, sino también en un terror absoluto.

–Es de la pierna –murmuró–. Sale de la misma pierna, del muslo.

Tiró de él con cuidado. No sentía nada al tirar del hilo. A medida que tiraba hacia fuera, se concentró tratando de sentir algo que pudiera darle alguna pista acerca del origen de todo aquello. Un ligero dolor, un picorcillo... Nada. No sentía nada al tirar del hilo.

Cuando hubo terminado de sacarlo del todo, se levantó y tras estirarlo lo suficiente lo dejó junto con los anteriores. Luego, regresó a la alfombra y continuó con su examen corporal. Y efectivamente, de allí a poco observó no uno, sino varios hilitos

sobresaliendo de distintas partes de su cuerpo. Todo ellos eran de diferentes colores. Todos ellos sobresalían unos cinco centímetros y parecían surgir de los poros de la piel, como si fueran pelos. Pero no eran pelos, eran hilos, hebras...

–Es como si el propio cuerpo los expulsara... ¿De qué estarán hechos? –se preguntó.

Absorto en su tarea, no se dio cuenta de que las horas pasaban. Se sentía cansado y pensó en ir hasta la cocina y prepararse un café. Pero al levantarse observó que algunas porciones de su cuerpo habían desaparecido. Fue entonces cuando se dio cuenta de qué estaban hechas las hebras.

–Los hilos salen de mí y son por tanto mi propio cuerpo, mi propia carne. Cada vez que suelto uno, algo minúsculo de mí desaparece. Y cuantos más hilos suelte, menos quedará de mí.

Al contrario de lo que pudiera pensarse, en aquel momento más que terror lo que sintió fue serenidad... No le importó. O mejor dicho, asumió inmediatamente su nueva situación. Pensó que si eso era así, debía deberse a una buena razón (adoptó esa actitud no por optimismo, sino por estoicismo).

En aquel instante vio claro lo que de allí a poco habría de sucederle. Y sabía que no había vuelta atrás. Desde el momento en que el primer

hilito había quedado al descubierto y él había tirado del mismo, ya no había marcha atrás. Los hilitos surgían como minúsculas raíces y el sólo tenía que seguir tirando. Hilos de todos los colores: azules, violetas, rosas, verdes, amarillos... Y no sólo eso, sino que ningún color volvía a repetirse. Las tonalidades de un mismo color pueden ser infinitas, y qué voy a deciros de la mezcla de colores y de tonalidades...

Al cabo de un rato, había desaparecido por completo. Sobre la alfombra no quedaba más que un montón de hilos de todos los colores, una madeja desordenada y laberíntica que adquiriría un colorido maravilloso, nunca prácticamente visto hasta entonces, como si madre naturaleza hubiera querido hacer un alarde de su belleza poco antes de aniquilar al infeliz protagonista de este cuento.

Pasó el tiempo. Se realizaron innumerables averiguaciones que nunca llegaron a aclarar nada. Familiares desconsolados. Amigos que no acertaban a explicarse lo ocurrido. Informes policiales que no aportaban ninguna luz a la misteriosa desaparición...

Al cabo de muchos años, las hebras que se habían guardado en una bolsa de la policía fueron llevadas del depósito policial al crematorio en donde se destruyen las pruebas de aquellas investigaciones que, fueran culminadas o no con éxito, el tiempo relega al olvido.

El encargado del horno quedó maravillado al observar unas llamaradas que parecían contener en sí todos los colores, todas las tonalidades y toda la mezcla de tintes y matices con los que jamás hubiera soñado un ser humano. Trató de capturar con su videocámara las extraordinarias imágenes, pero para cuando la puso en marcha, el espectáculo ya había finalizado.

HOGAR IMPERCEPTIBLE

Miró debajo de la alfombra y no vio nada. Le extrañó que no hubiera nada. Por otro lado, no sé qué esperaba encontrar... Polvo, tal vez. Tal vez era eso lo que buscaba. El mismo polvo que desde hacía años sentía dentro de sí mismo. El polvo, una metáfora del hastío, o de esa otra sensación que evoca la pobreza humana... Levantó la alfombra por enésima vez, como para cerciorarse de que allí *efectivamente* no había nada. Eso era todo, entonces. Eso era todo lo que le sucedía. Que no había nada. Pero en algún sitio debía haber algo de polvo...

—¡Ya sé! —exclamó.

Y se fue corriendo a la cocina y lo primero que hizo fue mover el frigorífico. Hacía años que no lo movía, así que estaría lleno de polvo y suciedad. Sin embargo, cuál no sería su sorpresa al ver la parte trasera y oculta del hueco ocupado por el electrodoméstico absolutamente limpia, esplendorosa, aséptica. Se frotó los ojos; se lavó la cara con agua. Sí, estaba despierto... Rabioso, hizo con la lavadora otro tanto. La sacó de su hueco, pero el resultado fue el mismo. Ni una mancha, todo límpido como una patena. Casi podía ver su rostro reflejado en el suelo.

Aquello no era posible. J. vivía solo. Nadie venía a limpiar su casa. Él tampoco empleaba mucho tiempo en ello.

Fue a todas las habitaciones y movió muebles, levantó alfombras, vació armarios, levantó colchones, apartó camas... Nada. Todo limpio y reluciente. Ni una mancha.

Se fijó en las paredes y vio que a éstas les sucedía otro tanto, como si una mano invisible las hubiese pintado aquella misma mañana. Los techos blancos y sin una mota de suciedad; en las paredes los colores uniformes y serios mostraban también una pulcritud que hería la vista.

Se sentó en una silla, en medio de la cocina. No era una cocina grande; sin embargo, se le antojó enorme. J. se sentía minúsculo. Y toda esa limpieza, todo ese aspecto pulcro e hiperaseado de la casa le aturdía. No es que él fuera desaseado o sucio; pero aquello parecía la casa de un anuncio de detergentes, o de abrillantadores, o de...

De repente, tuvo una idea.

Se levantó y fue al trastero, en donde guardaba restos de botes de pintura utilizados años atrás. Se cercioró de que no estaban secos y para diluirlos mejor los mezcló con agua y disolventes. Luego, comenzó a desparramarlos por toda la casa; lanzaba la pintura contra las paredes, contra el

techo... Cuando se le acabaron los pocos botes de los que disponía, sacó la caja de los betunes y con ellos continuó ensuciando cuanto no había sido alcanzado por la pintura: espejos, armarios, todo tipo de muebles, más paredes y techos...

Agotado por la excitación y la tensión, se dejó caer en un sofá también sucio de pintura y quedó allí en un estado cercano a la inconsciencia pero también parecido al estado que alcanzamos en el sueño. Pasaron minutos, horas...

Cuando despertó, ¡oh sorpresa! Todo estaba igual que antes. Las manchas de pinturas y de betún con las que había llenado la casa entera ya habían desaparecido. No había ni rastro de suciedad. Cada rincón, cada mueble, cada techo y pared... estaban incólumes, pulcros... como si fueran incorruptibles, como si un idealismo incorregible impulsara a la casa a actuar de aquella manera.

Pero él no era de los que se rinden fácilmente. Volvió a la carga. Esta vez, salió a la calle en busca de más “munición”. Y cuando regresó, trajo consigo el maletero del coche lleno hasta los bordes de todo tipo de botes de pintura, sprays, betunes... Qué se yo. Todo lo que valía para ensuciar. Y comenzó de nuevo su tarea. Esta vez con más furia que antes, ajeno al sentido de lo que estaba haciendo, fuera de control... Y cuando hubo terminado con el material (pinturas, sprays, betunes...), sacó todas las botellas que encontró

(aceite, leche, vinos, licores) y todos las latas y botes de comida (sardinas, guisante, maíces, atún, arroz, lentejas, macarrones, tomate frito, tomate al natural, especias, vinagres...) y las esparció por toda la casa con una energía tales que le llevaron en pocos instantes al agotamiento físico. Y al igual que antes, volvió a caer en aquel estado parecido a la inconsciencia o al sueño, pero sin llegar a ser ni uno ni otro.

Súbitamente, abrió los ojos. De golpe. Sus cuencas y pupilas parecían más grandes de lo normal. Y... no podía dar crédito a lo que veía. ¡Todo estaba igual que antes! La suciedad, los plastones de pintura, los graffitis, los restos de comida, licores, vinos, aceite... Nada. Nada de nada. Todo había desaparecido y la casa una vez más aparecía con aquel odioso aspecto de pulcritud extrema, brillante, aséptica... Le pareció que incluso más empalagosamente limpia que antes.

Creyó volverse loco. Se dejó caer y permaneció allí, en el suelo, apoyado contra la pared y con las manos tapándose el rostro. Si hubiera tenido una escopeta se hubiera liado a tiros contra la casa.

–¡Zorra! –gritó.

Fue un grito desesperado que le aterrorizó. ¿A quién había insultado? Allí no había nadie más que él... y la casa. Fue entonces cuando se dio

cuenta. Era como una respiración. Una respiración acompañada, tranquila, constante... ¡La casa respiraba! El terror se apoderó de él. “Está viva”, pensó lleno de espanto.

–Tengo que huir de aquí. Tengo que huir antes de que la casa se dé cuenta de que he descubierto su secreto. No me dejará marchar si se da cuenta.

Se levantó y se lanzó a correr, pero su carrera duró sólo unos segundos. La violencia del golpe le lanzó al suelo con la cara ensangrentada, y aullando de dolor miró espantado hacia la pared que se alzaba ante él. No la reconoció.

–¡Esa pared! ¿De dónde ha salido? No había estado nunca ahí.

Volvió a intentarlo. Salir corriendo, como un preso entregado a una huida frenética porque sabe que sólo tendrá una oportunidad y que ya no habrá más. Pero de nuevo cayó al suelo anonadado por el golpe. A su alrededor surgían paredes que antes nunca habían estado allí. Toda la casa comenzó a girar alrededor suyo. Las paredes, los cuartos... Todo daba vueltas cada vez más rápido, como una atracción de feria. Y él estaba allí metido, atrapado, sin poder salir, escapar... Pero aún podía hacer una cosa: gritar. Gritaría y vendrían en su ayuda. Los vecinos, la policía, los bomberos... Vendrían y le rescatarían de aquel

horrible lugar, de aquella trampa p rfida y secreta.  l, que tanto había deseado una casa, y ahora que al fin la había conseguido, mira en lo que se había convertido: en una cosa viva que respiraba e incluso lat a (le pareció escuchar algo así como el latido de un corazón de proporciones gigantescas), un monstruo que le tenía atrapado y no le permitía salir de nuevo al mundo, gozar de la luz, de la libertad, de la calle, de la visión de aceras y terrazas, y del paseo marítimo, y...

Sus gritos resonaban desgarradores por todo el edificio, en la calle... Podían oírse incluso a un par de manzanas, incrementados por el silencio de la noche y dos ventanas abiertas, una de las cuales daba a un patio cerrado (en donde alcanzaban una dimensión pavorosa) y la otra a una placita tranquila en donde los sonidos se amplificaban y alargaban con un eco limpio y distante.

Cuando policías, bomberos y vecinos entraron en la casa, lo que vieron les llenó de asombro y confusión: toda la casa (paredes, muebles, suelo, techos...) aparec  completamente sucia de plastones de pintura, manchas de sprays de todos los colores, restos de comida, cristales, aceites... Y en medio de todo ello, J., gritando sin parar que lo sacaran de all , que la casa no le atrapar  nunca, y que tuvieran cuidado o también la casa les atrapar  a ellos, y que no se fieran de su pulcro y brillante aspecto, que eso no era sino la máscara con la que la casa ocultaba sus verdaderas

intenciones, su oscuro objetivo: atraparles, atraparles a todos. Porque, decía, tras aquella apariencia límpida y pulcra no había nada, sino un mausoleo de tres habitaciones, cocina y baño en el que la casa te enterraba vivo. Y puede que ni siquiera te dejara morir nunca. Ella, la casa, con sus paredes inmaculadas, con su televisión plana de 32 pulgadas, con su cocina último grito, con sus armarios de cerezo, sus electrodomésticos última tecnología... ¡Era una trampa! ¡Había que salir de allí! ¡Huir! ¡Escapar!

EL EPISTOLÓGRAFO

Cerró la carta con sumo cuidado y la metió dentro del sobre. Luego, fijó la mirada sobre el mapa de Sudamérica y, tras regalarse la vista con los nombres de los distintos países y ciudades sudamericanos, al final se decidió por uno y girando el dedo índice en el aire, lo dejó caer sobre uno de los países al tiempo que exclamaba: “Argentina. Capital, Buenos Aires”.

Acto seguido, bajó a la calle y dirigió sus pasos al edificio de la telefónica, situado a unas pocas manzanas más allá de su casa. Al llegar, penetró en el edificio y saludó al portero con un saludo cordial que le fue devuelto con idéntica afabilidad.

Aguardó impaciente a que alguno de los tres ascensores descendiera y con igual impaciencia pulsó el botón del cuarto piso, en donde se encontraban las oficinas de atención al público y, lo que era más importante, la “Biblioteca Nacional de Guías Telefónicas”: un maravilloso lugar en donde todo ciudadano podía disponer de los listines telefónicos de cualquier país del mundo.

Era un sitio condenado a desaparecer en breve, ya que la publicación de listines telefónicos en papel y su actualización anual provocaba un

gasto absurdo a la empresa, líder por otra parte en temas de Internet y servicios afines. Pero C.Y. llevaba muchos años utilizando la particular biblioteca y quería seguir gozando de la misma al menos hasta que definitivamente la clausuraran.

Amaba el olor a rancio y a papel apolillado que se respiraba en la inmensa estancia; sentía también una gran simpatía hacia la mujer que había dejado allí los mejores años de su vida al cuidado de la colección de listines de diversas partes del mundo y atendiendo, si no con excesiva simpatía, sí con diligencia y prontitud a los usuarios del servicio, y especialmente a aquellos usuarios que el propio C.Y. calificaba como de “habituales”, dándole a la palabra un cierto tono honorífico e incluso místico.

–¿Cuál necesita hoy? –le preguntó ella con amabilidad pero sin llegar a sonreír.

Se tomó unos segundos antes de responder, y luego, lleno de emoción y hasta con cierto orgullo, respondió: Buenos Aires, Argentina.

Ella, con un gesto que admitía cualquier interpretación acerca de la opinión que pudiera tener ella de C.Y., se levantó y regresó al cabo de unos minutos con las manos vacías.

–Son en total ocho volúmenes. ¿Cuál le hace falta? ¿Qué letra quiere que le traiga?

C.Y. sonrió feliz. Ya había pensado en aquella posibilidad y venía preparado.

–Sí, en Buenos Aires viven más de diez millones de almas. No se puede contener todos los nombres, direcciones y teléfonos en un solo volumen. El apellido que busco empieza por la letra I.

La mujer desapareció otra vez por un laberinto de estanterías y esta vez tardó un poco más en regresar. Cuando lo hizo, se disculpó con una sonrisa:

–Perdone. Casi me he extraviado. El tiempo ha borrado la señalización en algunas zonas del archivo y he tenido que guiarme por mi instinto.

C.Y. le respondió amable:

–No se preocupe. No tiene ninguna importancia.

Luego, con su precioso tesoro entre las manos, se retiró a un lugar acondicionado para la consulta de guías telefónicas y se sentó dispuesto a llevar a cabo la elección del destinatario de su carta sin prisas y con todo el gusto y placer que tal acto le proporcionaba.

C.Y. era un “escritor de cartas”, como él mismo se consideraba. En cierto momento, había decidido traspasar la débil línea existente entre el género epistolario y la realidad, de manera que escribía cartas sobre todo tipo de temas y luego las enviaba por correo a destinatarios elegidos al azar en guías telefónicas como la que ahora tenía entre las manos. Llevaba años haciéndolo. Y con los años, su afición se había acabado convirtiendo en verdadera pasión. Cartas comerciales, cartas de amor, cartas críticas, cartas familiares... Amaba todos los “géneros” y posibilidades de escritura ligadas al estilo epistolar, solo que en vez de guardarse las cartas para sí o en vez de enviarlas a una editorial agrupadas en epistolarios, las enviaba a personas reales ubicadas muchas veces en lejanos países y continentes, aunque a veces también las enviaba a gentes de su propio país o incluso de su propia ciudad. En ocasiones, hacía traducir la carta a otro idioma y luego la enviaba a un destinatario aleatorio del país en cuestión. Por ejemplo, si una carta la traducía al alemán, se la enviaba a una persona alemana o residente en ese país. Había hecho traducir sus cartas a más de cuarenta idiomas y no se cansaba del juego; al contrario, cada nueva carta, cada nuevo destinatario, cada nueva traducción era un paso más allá en el juego, era alcanzar una nueva esfera de profundidad y sabiduría en su particular estilo y manera de concebir... ¿la literatura...? ¿la escritura...? Tal vez a algunos les parezca excesivo clasificar tal actividad de C.Y. como de “literaria”. Yo,

conociendo como conozco el alto valor literario de su escritura (puesto que en una ocasión fui el afortunado destinatario de una de sus cartas), puedo asegurarnos que C.Y. es un literato de un nivel exquisito, con una prosa y unas habilidades y recursos estilísticos y literarios que ya quisiera yo disponer para mí mismo. En cualquier caso, C.Y. vivía por y para la escritura de sus cartas, y no pensaba que al margen de su pasión pudiera haber nada más bello y merecedor de su existencia y dedicación.

“Irisarri Faccianini, Maria Luisa”, leyó. Le gustaron el nombre y los apellidos y decidió que ésta sería su destinataria. C.Y. no era muy dado a las cartas amorosas, pero en esta ocasión eso es lo que había escrito, una carta de amor. No la voy a transcribir (las cartas son personales y solamente su destinatario tiene derecho a compartirlas —o no— con otras personas), pero lo que sí diré es que era una carta de gran belleza, más allá de los tópicos habituales o, mejor dicho, expresando los tópicos habituales del amor pero de un modo absolutamente personal, con una originalidad y una belleza formal y estética capaz de encandilar al más grande de nuestros literatos (la palabra por la palabra, el lenguaje por el lenguaje). Una joya, una verdadera obra de arte.

En cuanto a las consecuencias y reacciones que sus cartas pudieran provocar, eso digamos que no le preocupaba lo más mínimo. Era el autor de

aquellas cartas, sí, pero una vez que éstas salían en pos de su destino, una vez que las arrojaba por la boca insaciable y oxidada del buzón, no se sentía más responsable que el cartero o portador de las mismas. “Dios creó a los humanos, pero lo que estos puedan hacer o provocar no es asunto mío”, algo así sentía C.Y. con respecto a la autoría y responsabilidad de sus envíos.

Tras despedirse amablemente de la encargada de la “Biblioteca Nacional de Guías Telefónicas” C.Y. salió feliz y radiante. Y ya en plena calle echó incluso a correr a fin de llegar cuanto antes a casa, escribir el nombre de la venturosa y afortunada destinataria y luego, sin más dilaciones y sin perder un segundo, poner los sellos consiguientes e ir raudo a echar la carta en el viejo buzón que tantas cartas suyas había tragado, almacenado y puesto en ruta hacia los lugares más diversos, anacrónicos y lejanos de nuestro planeta.

HISTORIAS AMAÑADAS

Escribía sobre temas de historia. Así, como suena. Es decir, escribía acerca de la historia de los pueblos, de las naciones (aquella Historia que se escribe con mayúsculas, sin que nadie sepa muy bien porqué), pero también escribía acerca de la historia de las personas, de las cosas, de las ideas, de lo que no son sino meros objetos.

Era un hombre tímido, de pocas palabras y cuyas facciones permanecían inexpresivas durante los diálogos y conversaciones que mantenía con sus clientes y/o personas ligadas a él profesionalmente por su trabajo. No se le conocían amigos, familiares, allegados...

Cuando caminaba había un no se qué de sombra en su forma de moverse, de dar un paso y luego el otro... Como si evitara dejar un rastro, un indicio que alguien algún día pudiera aprovechar para realizar la historia de sí mismo.

Eso era algo que le aterrizaba, el hecho de que alguien pudiera escribir la historia de él, la suya, la que como individuo y escritor de Historia le pertenecía. Y llevado por ese temor, vivía en una constante lucha por entregar al olvido todos los hechos por muy insignificantes que estos pudieran

ser relacionados con su vivencia y con su historia personal.

Había en él algo que infundía respeto, pero al mismo también algo que provocaba una suerte de animadversión. Tal vez, el hecho de escribir la historia por encargo era lo que de algún modo le convertía en un mercenario al servicio de quien mejor le pagara. ¿Qué podía importarle a él la historia, por ejemplo, de la dinastía de los últimos reyes que pudo haber tenido Hungría, o Rusia o Alemania...? Se supone que era de origen mediterráneo, y por tanto sus vivencias personales y sus propias raíces quedaban bien lejos de tales países y culturas. Claro que, aún tratándose de la propia historia de su propio país, ¿qué tenía él que ver con la visión de estado o con la visión de la historia que pudiese tener la aristocracia y clase dominante interesada? Todo quedaba relegado a una mera relación comercial, en la que alguien pagaba y él cobraba por su trabajo. Era, a fin de cuentas, un profesional. Y si he dicho que pocos sabían acerca de su origen y de la posibilidad de que pudiera pertenecer a la cultura mediterránea, era porque su domicilio habitual y su idioma (hablaba poco y podía ser segunda o tercera lengua) así lo daban a entender.

Pero dejando a un lado esa historia de las grandes galas, de los grandes salones de baile y de los palacetes pertenecientes a las gentes de alcurnia y a los adinerados, el escribiente realizaba también

otro tipo de trabajos (efectivamente, también por ese nombre era harto conocido, “el escribiente”; aún más, en las páginas amarillas era necesario buscarlo en ese apartado, en el apartado que rezaba literalmente así: “Escribientes”, y en el que además de él aparecían algunos otros nombres más, aunque ninguno llegaba a la altura y al prestigio que él, pionero absoluto y cuasi solitario de su profesión, había llegado a alcanzar). Hubiera podido dársele el nombre de “el historiador”, pero dada la impronta comercial que había acabado adquiriendo su profesión, el nombre de escribiente (con todo el carácter de servidumbre que conlleva) se avenía mejor a su labor profesional.

Su premisa era bien sencilla: todo tiene historia. Absolutamente todo, desde las personas e instituciones más preclaras y distinguidas de las distintas épocas, hasta el objeto más insignificante y pueril de nuestra época moderna (que a su vez algún día llegaría a ser época pasada y, ante todo, protohistoria). Además, la historia está llena de ejemplos que dan fe de la gran importancia que llegan a adquirir objetos que en su momento han pasado casi inadvertidos para sus usuarios. Por ejemplo, una punta de flecha en sí no tiene ningún valor, pero si esa punta de flecha pertenece a la época en que los seres humanos se dedicaban a la caza del mamut, entonces ya lo creo que tiene importancia, de hecho cobra un interés y valor que trasciende el valor en sí del objeto.

Puesto que todo, absolutamente todo, tiene historia, podríamos así escribir la historia, sin ir más lejos, del ratón de ordenador, del sacapuntas, del bolígrafo, del papel de notas Post-it, del disquete, del celofán, de los distintos enchufes, de los asideros de muebles y puertas, etc., etc., etc. Y sin olvidarnos de que cabe hacer una historia generalista de dichos objetos, pero de que también existe la posibilidad de realizar la historia particular de cada uno de ellos. Verbigracia, podríamos escribir (o rehacer) la historia de todos los bolígrafos (por épocas históricas, etc.), es decir, la historia general del bolígrafo; pero también podríamos escribir (o intentar escribir) la historia de los bolígrafos de la marca Bic, que a su vez estarían divididos en distintas secciones (tantas como tipos de bolígrafos Bic puedan existir, así como las distintas variantes que de los mismos hallan podido llegar a los mercados), con lo que el resultado vendría a ser una auténtica tarea de titanes destinada en el cien por cien de los casos al más absoluto de los fracasos, puesto que la historia general o particular llega a “enredarse” con otros hechos a su vez pertenecientes a otro tipo de historias a su vez engarzados con otros hechos diferentes a su vez..., de tal manera que llegar al fondo de las cosas sería como llegar a averiguar sin ningún tipo de dudas el origen del ser humano, el origen del universo o incluso el origen del propio Dios (si es que éste existe o si es que realmente sólo ha llegado a existir un solo dios).

De ahí el aspecto fugaz, timorato incluso, del escribiente, ya que él sabía perfectamente lo inútil de su trabajo. Sabía que cuanto pudiera escribir acerca de la historia de cualquier persona, objeto o idea no sería sino una mera estafa, un intento ridículo y patético por parte de él y por parte de los demás seres humanos que habían llegado a creer que realmente existía una historia, que era posible “desentramar” un hilo de acontecimientos que tarde o temprano, indefectiblemente, acabarían transportándonos al origen de todas las cosas, allá donde la mirada del ser humano se pierde bajo el bancal de niebla de los siglos, de los milenios, razón por la que era preciso resignarse o a la farsa o la mentira o a la ingenua creencia de que realmente estaríamos llegando al meollo de las cosas, a la esencia del objeto de estudio de nuestra historia general o particular. Y de ahí el aspecto furtivo que había llegado a desarrollar el escribiente de la historia humana y de los objetos, de ahí que al caminar su persona entera pareciese una sombra y de ahí también ese cierto sentimiento de repulsión que provocaba en sus coetáneos, demasiado dados a mirar a la historia con las gafas de leer de cerca como para darse cuenta de la mentira, aunque al mismo tiempo sintiendo por medio de un sexto sentido la infamia, lo pueril e inútil de sus esfuerzos e intuyendo el derroche material y moral depositado en los mismos, pero al mismo tiempo sin que por ello el escribiente pasara a convertirse en el culpable de la historia relatada en cuestión, puesto que a fin de

cuentas él lo único que hacía era representar su papel en la farsa del mismo modo que sus clientes y los lectores representaban el papel que la propia Historia (aquella que se escribe realmente con mayúsculas y que no puede –ni debe– aspirarse a ser escrita en razón de su naturaleza divina o salvaje) había reservado para ellos, porque a fin de cuentas lo que importa, tal vez, sea eso: que cada uno de los objetos de estudio (infinitos, como lo es el tiempo pasado, el tiempo en transcurso y el tiempo del devenir) que la Historia abarca son en sí autónomos e independientes y gravitan en el universo junto con los demás planetas, estrellas y meteoritos, perteneciendo la labor de reunirlos, encajarlos e interpretarlos a los verdaderos Historiadores (no meros escribientes ya) situados en las más altas esferas de la Historia, que a su vez se hallarían tan lejanos y ocultos a la mirada humana que ni estos Historiadores-origen sabrían con certeza si su interpretación es la correcta, habiendo dado desde el Origen de los Tiempos tantas vueltas y vueltas en tantas direcciones, que el resultado de sus estudios no proporcionaría ya sino un reflejo caricaturizado y patético sobre el que nadie (ni Ellos) acabarían de ponerse de acuerdo a la hora de calificarlo, esta vez sí, como de “auténtica realidad”, la “verdadera historia de todas las historias”, “la Madre de todas las Historias”.

–Nada, un espejismo... –murmuró el escribiente, dando por finalizado el encargo y

aprestándose a preparar la minuta correspondiente a sus honorarios.

GRAN LIBRO DE LAS GENEALOGÍAS

Abrió el subarchivo perteneciente al Gran Libro de las Genealogías y estaban allí todos: el tío O. y la tía V., el abuelo F. y la abuela A., su primo P. y su prima F, los bisabuelos T. y E., y también un montón de gente que no conocía ni tan siquiera de oídas pero que también pertenecía a su familia. Todos. Todos sus antepasados desfilaban ante las páginas vivas de aquel maravilloso libro electrónico. Sí, el formato de papel hacía ya tiempo que lo habíamos superado definitivamente. Gracias a ello, en el archivo-libro además de textos, podíamos también encontrar vídeos, fotografías, dibujos, grabados... No había límite. La capacidad del archivo-libro siempre podía ser ampliada, en el hipotético caso de que ello fuera necesario (y digo hipotético porque la memoria de un único volumen hubiera bastado para contener el libro de antepasados de una población de más de dos mil habitantes, de manera que el espacio necesario para contener la genealogía de una sola familia era más que sobrado y a todas luces suficiente).

Existía una página web que era la encargada de gestionar los libros de los antepasados, como vulgarmente eran conocidos, aunque también solían ser nombrados como libros genealógicos, libros de genealogías y similares.

Cuando alguien tenía noticia del fallecimiento de un allegado, se ponían en contacto con la dirección de la página web en cuestión (granlibrogenealogico.com). Y a partir de ahí, todo se desarrollaba con gran rapidez y eficacia. El esquema general solía ser siempre el mismo: biografía del fallecido, familiares cercanos y lejanos, breve relación pero exhaustiva de parentescos remotos y caídos prácticamente en el olvido y en la ignorancia de los propios interesados, amigos íntimos y amigos en general, conocidos, vecinos, compañeros de trabajo y antiguos compañeros de estudios de los diversos niveles y épocas (escuela elemental, bachiller, universidad...). Y luego venía la parte dedicada a la imagen, es decir, álbumes fotográficos por un lado y sesiones de vídeo por otro. Tanto las fotografías como las películas de vídeos solían siempre tener un carácter familiar, aunque también podían estar relacionadas con el ámbito profesional, lúdico, etc. del fallecido. A veces, resultaba realmente impresionante la gran cantidad de documentación que llegaban a aportar. Y llegados a este punto, es necesario comentar la importancia clave que había tenido la creación del Gran Banco Documentacional, sin el cual no hubiera sido posible llevar a cabo la ingente labor y sobre todo la minuciosidad con la que se trabajaban los libros de genealogía. Por último, también merece la pena mencionar todos aquellos aspectos que a modo de complemento eran largamente descritos y desarrollados en relación a la biografía de la

persona y sobre todo ya inmersos en los detalles alusivos a su vida profesional y a las artes o habilidades en general que hubieran podido dejar tras sí algo parecido a una “obra”, fuese ésta de carácter trascendente o intrascendente (como solían serlo la mayoría, aunque sobre ese aspecto podría hablarse largo y tendido, puesto que existen profesiones que, aún pasando sin pena ni gloria ante los ojos de la humanidad, tienen sin embargo una gran importancia por el elevado grado de utilidad que han llegado a aportar en la sociedad de su tiempo, y todo ello sin contar que en muchos casos han alcanzado a constituir la piedra base sobre la que se han desarrollado los nuevos modelos del futuro. Piénsese, por ejemplo, en la importancia que pudo tener la primera máquina de vapor y pensemos ahora en todos los inventos que se han derivado de aquella primera máquina; o el primer motor de gasolina y el último motor de gasolina diseñado por la industria automovilística actual. Y así, un sin fin de ejemplos que podríamos poner).

Pero sobre todo es el Gran Banco Documentacional el que realmente interesa a cualquier buen observador y a toda persona que guste de saber del origen de las cosas, más allá de la mera curiosidad o del puro cotilleo malsano. En realidad, el Gran Banco Documentacional era quien gestionaba la página web “granlibrogenealogico.com”. Una vez que se entraba en la página, había diversos apartados y

pestañas que a su vez daban paso a otros menús que a su vez se abrían en distintas opciones y posibilidades. Prácticamente sería imposible hablar aquí de todos ellos. De hecho, su número era casi infinito. Nadie había conseguido llegar al final de uno de los menús que, por otro lado, estaban en continuo desarrollo y expansión. No había teléfonos de contacto ni números de fax ni nombres y apellidos de responsables. Ni siquiera existía una lista jerárquica. Lo que sí existía era un organigrama que hacía mención a los distintos apartados. Estaba dividido en secciones: Biografías, Reportajes de Vídeo, Eventos, Efemérides, Lazos Familiares, Amistades, Enfermedades, Aspectos Profesionales y así un largo etcétera, y todas esas secciones se abrían asimismo en distintos menús que a su vez, como se ha dicho, daban pie a otros. En Biografías, por ejemplo, el primer menú era bastante familiar a los habituales de cualquier otro programa: Nuevo, Abrir, Cerrar, Guardar, Guardar Como, Buscar, Versiones, Vista Previa, Imprimir, Enviar a, Propiedades, Últimas versiones guardadas, Últimas Versiones Utilizadas... La diferencia con los programas clásicos, es que cada una de las opciones siempre daba paso a otra sarta de opciones y de menús, de ahí la gran complejidad que conllevaba una manipulación profunda de la genealogía objeto de consulta. Por otro lado, se podía hacer uso de los diferentes menús para así añadir a las genealogías nuevos datos, nuevos documentos vídeo-fotográficos, aspectos

profesionales o familiares que por una razón u otra hubiesen quedado relegados o almacenados y sin llegar a recibir el tratamiento adecuado. Era de una complejidad tal, que pocas personas se aventuraban a entrar en los entresijos de la página web, verdadero portal tras el que se escondía una auténtica obra de ingeniería informática que a su vez interactuaba con prácticamente todas las disciplinas pasadas, presentes y/o por determinar (no olvidemos que todo pasado ha sido en algún momento futuro, y que todo pasado ha sido en un momento dado presente y que todo futuro ha tenido por necesidad que haber sido ambas cosas, antes de ser nada).

La mayoría de los usuarios hacían uso de los menús principales, que eran: consulta de genealogías y en menor medida corrección de datos o adición de los mismos a las distintas genealogías consultadas. En ese sentido, cabe también resaltar la gran importancia que conllevaba la verificación de cuantos datos pudieran resultar útiles para la biografía. Había un departamento encargado exclusivamente de esa labor, y por lo delicado de su labor y por las consecuencias que pudieran conllevar los fallos o errores cometidos (fuesen obra de mala fe o consecuencia de una fatal distracción), este departamento había llegado a adquirir un verdadero aspecto de “Ministerio del Interior” o similar. De hecho, quienes trababan en dicho departamento venían a constituir una policía que traspasaba el carácter virtual de la página web

y llegaba a acarrear consecuencias en absoluto virtuales: multas, enjuiciamientos, penas de cárcel... Se hablaba incluso de desapariciones y de ocultos y tenebrosos lugares destinados al interrogatorio de los sospechosos: aquellas personas sobre las que pudiera haber recaído una sombra de duda en relación a las informaciones ofrecidas para la confección de las genealogías. Pero mejor, dejemos a un lado esa faceta oscura (no vaya a acarrearlos también a nosotros algún disgusto, visto que siempre es mejor no tocar aquello que está caliente, y evitar así una posible quemadura...).

Por último, y ya con ánimo de ir acabando, solamente aclarar que El Gran Libro de las Genealogías era en realidad un gran compendio de millones y millones de genealogías, como los lectores ya habrán colegido por lo relatado hasta ahora. Y aunque su –en apariencia– principal fin era aquel ligado a la información particular y general de las genealogías (cometido que no vamos a poner en duda porque efectivamente éste era evidente –y en ese sentido no hay más que ver el uso generalizado que del mismo hacían los ciudadanos repartidos a todo lo largo y ancho del planeta–), no por ello dejaba también de ser un poderoso y enigmático medio de control de masas (y ya se sabe que para controlar a las masas, primero se requiere el control individual de las personas), razón por la que los estados y órganos de poder de todo el mundo habían mostrado desde los

mismos orígenes del proyecto un gran interés y consideración hacia el mismo, y si bien el tiempo habría de darles la razón en sus instintivas y acertadas premoniciones y valoraciones sobre la valía e importancia del gran libro de las genealogías, también hay que decir que ellos mismos habrían con el tiempo de ser víctimas de ello, puesto que el control a un nivel tal se convertía en una verdadera trampa en la que la araña, tarde o temprano, acababa cayendo presa en otra tela de araña y a merced de otra araña más grande y poderosa que ella misma, que a su vez y con el tiempo también acabaría cayendo en la siguiente tela de araña (más mortífera, letal y superior a la anterior).

UNA VOZ EXTRAÑA

No era su voz, pensó. Era la voz de otro. Una voz que había entrado en su mente, en su cuerpo, al igual que un invasor o un intruso entra en nuestra casa, de noche, con sigilo. Sólo que, en vez del hurto material, buscaba otra cosa: el robo de la voz (un hurto abstracto pero de gran transcendencia).

Sentía la voz dentro de sí. No era la suya. Y no sabía tampoco qué hacer con ella. Podía, sí, pensar con aquella voz extranjera, podía incluso repetir los pensamientos palabra por palabra, podía hasta traducirlos de un idioma al otro, sí, pero... no era su voz; era la voz de otro. La voz del invasor.

¿Cuándo se había introducido en su interior? ¿En qué momento había conseguido infiltrarse? ¿y qué es lo que había hecho con su voz anterior, con su auténtica y genuina voz...?

Reflexionaba acerca de ello y aunque se le ocurrían distintas respuestas ninguna de ellas le ofrecía una certeza absoluta. Ni tan siquiera una media certeza. Creía, de todos modos, que ello habría sucedido durante el sueño. ¿Qué otro momento podría ser más indicado que ese instante en que la conciencia baja la guardia y cae arrollada por la inconsciencia?

Sin embargo, otras veces pensaba que pudiera tratarse de algún alimento envenenado o de un elemento químico inoculado por medio de una inyección (había sido vacunado recientemente de la gripe) o de algún medicamento o por la ingestión de algún producto transgénico... Había tantas posibilidades, que era imposible decir “ésta, ésta es la cauda verdadera y no otra”. Además, distinguir las causas verdaderas de las que no lo son es tarea que traspasa los límites del ser humano natural.

Al principio, a pesar de que la voz interna era extraña y le producía un gran desasosiego, podía decirse que se sentía capaz de controlar y gobernar sus pensamientos, es decir, su cerebro continuaba rigiendo la facultad del habla como siempre antes lo había hecho; la única diferencia era que ahora su voz no era la suya, la de siempre, sino la de otro. Ello le creaba una suerte de dispersión interna, le hacía sentirse partido en dos sensaciones que aún estando hermanadas y aún interactuando la una con la otra, al mismo tiempo eran opuestas y se repelían, llegando a una incompatibilidad tal que la dicotomía provocada por ello se le asemejaba como una herida de la cual fluyera constantemente la sangre, los líquidos del cuerpo, el dolor...

Quería recobrar su voz y no se le ocurrió otra cosa que acudir al médico. Y cuando éste (el médico de cabecera) escuchó su problema, le dio

un volante para que fuese a pedir hora con... el psiquiatra.

Aquello no le hizo ninguna gracia. Era como si le hubieran llamado loco. Y él no estaba loco. No era culpa suya si una voz extraña, una voz extranjera, un invasor en definitiva, se hubiera apoderado de su antigua y querida voz y ahora ocupara su lugar como si nada, similar a un reyezuelo que por medio de las intrigas y del acero, por medio de la crueldad y del engaño se hubiese hecho con el poder de una pequeña aldea (él) y hubiese usurpado así al verdadero representante (su voz).

Aquella noche, decidió permanecer despierto, por si acaso la voz extraña diera muestras de alguna debilidad o pista que pudiera ofrecer alguna solución a su problema. Pensó, con cierta lógica, que todo lo que entra sale. Y si la voz invasora había entrado en su cuerpo, era razonable pensar que del mismo modo pudiera en un momento dado salir, aunque sólo fuese para ir de allí a acá y volver de nuevo a entrar.

Por tanto, permaneció semidespierto durante toda la noche. Hacía como si estuviera dormido, incluso roncaba. Pero no se apercibió de ningún movimiento sospechoso ni pudo tampoco observar ningún intento de “extrusión” (en oposición a la palabra “intruso” y sobre todo al concepto del acto en sí).

Hizo la prueba varias noches, pero sin éxito. Una de esas noches, incluso le pareció escuchar una risita. Era la voz, se dijo, que se ríe de mis intentos. Pero aquello le causó honda preocupación, ya que la risita no había sido suya, es decir, él no se había reído en silencio para sus adentros, era la propia voz la que al margen de su voluntad había adoptado esa expresión burlona reflejada en una “risita” sardónica y cínica. Ello suponía un salto cualitativo en la actitud de la voz, del invasor.

Hasta entonces, Y.R.J. había permanecido fiel a su pensamiento, o mejor dicho, su pensamiento le había permanecido fiel. Pensaba cuanto quería pensar y mantenía el control absoluto sobre sí mismo; la única diferencia era que la voz interna que transcribía sus pensamientos era, como se ha dicho, una voz extraña, ajena a él. Intrusa. Pero el problema se iba agravando. La voz, era evidente a todas luces, aspiraba a más, a mucho más. Una vez anulada la voz original, el segundo paso era hacerse con el control del centro neurálgico que regula el pensamiento, y una vez conseguido ello, el cuerpo de Y.R.J. no sería más que un títere que el invasor manejaría a su antojo. Era como estar poseído, pero no por un diablo, cuyo objetivo es siempre hacer el mal o provocar daño y desolación alrededor; no, no era eso. En realidad, el invasor no buscaba expandir la maldad en el mundo ni nada por el estilo, el invasor era solamente una voz distinta con unos intereses y

criterios distintos, nada más. No se le podía achacar otra cosa excepto ésa: ser diferente a la anterior voz; buscar unos objetivos distintos al anterior “propietario” de esa voz, de ese pensamiento. Uno mira al cielo y se siente emocionado, pleno; otro mira al cielo y se siente indiferente, vacío. Una cosa no es ni mejor ni peor que la otra, es simplemente diferente, distinta. Y eso es lo que Y.R.J. no podía soportar. Él quería, necesitaba seguir siendo él mismo; no podía “regalar” su voz, su pensamiento, su cuerpo, su “embalaje” al primer extraño que pasase por allí y le dijera: “Oiga, buen hombre, mire he perdido mi cuerpo y mi voz y mi pensamiento. ¿Sería tan amable de prestarme los suyos?”.

Así estaban las cosas. Era un asunto serio. Las posibilidades de mejora parecían cada vez más lejanas y difíciles. El pensamiento de I.R.J. cada vez era menos el suyo; la voz del invasor iba día a día, hora a hora, minuto a minuto tejiendo su imparable tela y no había forma de detenerla. Era terrorífico, sentir que se estaba olvidando de sí mismo, que había lapsos de los que regresaba sin recordar absolutamente nada que le fuese familiar, y aún peor, saber que el proceso parecía no tener vuelta y que tarde o temprano no volvería nunca más a ser el que una vez fue, no mejor que el que iba a ser ahora, que el que ya estaba en camino, pero ahí residía su horror, en el recuerdo, en la intuición que tenía del otro, de su voz anterior, de

su personalidad ya cercana al olvido, a las tinieblas y a la nada eterna...

I.R.J. no podía permitirlo. Estaba claro que nada podía hacer para evitar la suplantación. Pero algo sí que podía evitar: podía evitar que la voz, que el intruso saliera vencedor. Podía él perder aquella batalla (y con ella, definitivamente, la guerra) pero al menos conseguiría también que el otro la perdiera.

Fue al armario. Sacó la escopeta de caza. Escuchó a la astuta voz clamar por un acuerdo consensuado que pudiese satisfacer a ambas partes (era ya demasiado tarde para renunciaciones y/o claudicaciones), sintió cómo su cerebro estallaba en un ir y venir de órdenes, en un conflicto agónico en el que ambos luchaban por mantener el control, la supremacía, el ansiado territorio. Pero su determinación lo convertía en un autómata y la voz, el invasor, poco podía hacer para cambiar el curso de los trágicos e inmediatos acontecimientos. I.R.J. cargó el arma y, agarrándola del revés, apuntó el cañón contra el corazón. Luego, con una sonrisa, tomó el arma por su posición normal, aunque un tanto forzada, y elevó el cañón hasta su cabeza, no la sien, sino una zona más profunda, apuntando a la zona craneal vital para el cerebro y sus diferentes funciones intelectuales. Sintió el terror del invasor, y justo en ese instante gozó del placer de la victoria, de la aplastante victoria que había conseguido relegar a la caverna al repudiado ser, al

intolerable intruso, el despreciable y ahora patético invasor.

Disparó, feliz. Y el arma resonó atronadora en los recovecos de su infinito cerebro roto en mil pedazos.

RABIETA DE BEBÉ

El niño colgaba de un árbol en una actitud grotesca pero no dolorosa, aunque incómoda con el transcurso del tiempo. Era un niño de unos seis u ocho meses como mucho, de porte grueso, y su rostro sobre todo era más bien grande, de facciones muy marcadas que con el llanto llegaban a pronunciarse aún más si cabe, transformándose en verdaderos surcos en su cara desfigurada.

En realidad, ése era el problema Su rabieta era tal, que su rostro se deformaba hasta alcanzar el aspecto de una caricatura despreciable e inmundada. Su madre lo había dejado allí, colgando de una suerte de lona que a modo de pañal se mantenía amarrada por dos telas semielásticas a las ramas de ambos árboles paralelos. Sucedió en el África, pero hubiera podido suceder en cualquier otro lugar de Europa, de Asia, de Oceanía... Lo había dejado allí colgado para mantenerlo a salvo de los insectos terrestres (no voladores), reptiles, roedores y culebras. Ya se sabe, el continente africano es rico en especímenes de todo tipo que pueden llegar a resultar muy dañinos en el caso de criaturas y bebés indefensos que por una razón u otra transcurren un tiempo fuera de la protección y cuidados maternos.

El padre estaba allí, en la aldea. Pero él no se ocupaba de los niños. Hacerlo le hubiera

degradado a los ojos del resto de la tribu. Así que se mantuvo al margen e hizo oídos sordos a los llantos desconsolados de su propio hijo. Un corro de niños revoloteaba alrededor y con sus risas y gritos aumentaban la ira del pequeño.

Casi todas las mujeres, excepto las viejas, se hallaban fuera de la aldea. Habían ido unas a lavar la ropa en el arroyo situado a un kilómetro y medio (¿qué es un kilómetro y medio en la vasta inmensidad africana?, preguntará alguno. Y la respuesta es que un kilómetro y medio en la vasta inmensidad africana o un kilómetro y medio en la Llanura Alavesa, vienen a ser muy parecidos. Un kilómetro y medio, de hecho...).

Al principio, los niños no se atrevían a tocarlo. Pero al ver que ningún adulto se metía con ellos, sus bromas iban adquiriendo cada vez mayor audacia. Y finalmente, hubo uno que se atrevió a dar un empujón al bebé colgado de aquella especie de columpio con sus regordetas piernas en el vacío, recogido el trasero en aquella especie de pañal-columpio y completamente a merced de la cuadrilla de niños y niñas que semejantes a un grupo de potrillos desbocados eran ya incapaces de contener sus impulsos dirigidos a partir de ese momento hacia el bebé regordete que en medio de una descomunal rabieta había dejado de llorar para empezar a aullar, al tiempo que unos lagrimones gruesos e imponentes rodaban por sus mejillas acabando algunos de ellos en su boca enorme como

un buzón de paquetería talla súper L, sin apenas darse un respiro excepto para sorberse sus mocos y secreciones con un impudor tal, que no hacía sino aumentar la ira y el regocijo del corro de niños, quienes ya se habían lanzado a la carrera de “a ver quién lo putea más”.

El padre del niño, oculto dentro de su chabola, observaba la escena agazapado, con el ojo pegado a un agujero abierto entre la paja y la madera. Ni un solo músculo de su rostro se movía. Su expresión permanecía inalterable, ajena a la injuria, a aquella crueldad infantil que podía acarrear, tal vez, impredecibles consecuencias (así lo hubiéramos interpretado en nuestra sociedad blanquita-occidental). Los pocos hombres y viejos que en aquel instante había en la aldea desaparecieron como por arte de magia, o más probablemente (y tal vez sea decir mucho o tal vez sea decir poco) como si de un complot perfectamente organizado se tratara. En la plazoleta de la aldea sólo quedaron el bebe suspendido de aquellas lianas de tela y el corro de chavales, unos quince o veinte, de ambos sexos y de todas las edades, los más pequeños de cuatro o cinco años y los más mayores de doce o trece.

Habían comenzado a zarandearlo como si de un columpio se tratara. El bebé lloraba a pleno pulmón, su rostro desencajado adquiriendo el aspecto de un hombre viejo y decrepito a mitad de camino entre el nacimiento y la muerte.

—¡Ya basta! —exclamó uno de aquellos niños—. Tengo una idea.

Al poco, volvió con una planta que agarraba del tallo con sumo cuidado. De aspecto era muy distinta a nuestras comunes ortigas, pero sus efectos eran muy parecidos a la misma. La acercó con cuidado a las nalgas del bebé y luego rozó con el talle su piel. El efecto fue inmediato. El bebé, por un instante silenció su llanto, tal vez en un intento de comprender el significado de aquel dolor o acaso para reunir fuerzas y acometer una segunda tanda de llantos infinitamente más agudos y lastimeros que los que venía ya profiriendo. Aquello hizo cundir la hilaridad entre los demás niños, que celebraban con saltos de alegría, con palmadas y con brincos los alaridos rabiosos del “metete”, como habían comenzado a llamarle.

—Mira el “metete” cómo abre la boca. Parece que vaya a devorarse a la Boa del río.

Y todos se echaron a reír con una risa imposible de parar, una risa que les hacía saltar las lágrimas de los ojos, una risa que les arrojaba al suelo y les impulsaba a rodar por el mismo con un estertor de risa imposible de dominar, de detener.

Mientras, el padre seguía mirando por el agujero, y en su rostro impertérrito se dibujó por un instante una vaga sonrisa, al igual que en el rostro

de los demás hombres y viejos de la aldea, todos ellos ocultos en sus respectivas chavolas, atentos a los acontecimientos que seguían desde orificios similares al de Amubutu, padre del bebé cuyo apodo estaba ya decidido: “Metete”.

En aquel instante aparecieron dos niños con una culebra. No era peligrosa, es decir, no era venenosa. Pero eso no quería decir que no pudiera hacer daño: morder, por ejemplo, y producir heridas que, de infectarse, podían hacer pagar un precio muy caro allá, en la tórrida sabana africana, lejos del mundo de la farmacopea y lejos de las infinitas bondades de la penicilina (aunque los nativos también eran sabios en su conocimiento de las plantas medicinales y curativas).

La culebra se escabulló entre las piernas del bebé y al instante se escuchó un chillido que sonó casi como el alarido de un niño ya adulto. Por un momento, el corro de niños enmudeció. Uno de ellos se acercó, observó la cabeza de la culebra oculta entre las piernas del bebé, y dándose la vuelta, eufórico, en su lengua africana, gritó jubiloso:

–La culebra *tangelé* le ha mordido en sus diminutos testículos.

La algarabía que siguió a aquellas palabras hizo ahuyentar los pájaros de los alrededores y con ellos a las posibles presas y alimañas que pudieran

estar merodeando por los alrededores de la aldea. La culebra no soltaba, seguía allí en apariencia mordiendo; y mientras, el bebé, su rostro congestionado, era ya realmente el de un viejo al borde del colapso, con la piel roja y amoratada y las facciones del rostro cortadas como en relieve por unos surcos y por unas arrugas profundas y gruesas, casi de un pulgar. Su llanto se convirtió en un alarido seco, sin lágrimas, con un hipo entrecortado que rozaba el terror de quien aún no es consciente del mismo, aunque no por ello lo deje de intuir, sentir, vivir...

Alguien, en aquel momento, gritó:

—¡Las mujeres vuelven del río con la colada de la ropa limpia!

En aquel instante todos los niños desaparecieron. Alguien se llevó consigo a la culebra y allí, en medio de la plaza, ahogado por el llanto pero sobre todo agotado por el dolor y la rabia, el bebé cayó en un sueño profundo y fulminante.

Y así fue como la madre lo encontró, dormido y tranquilo, suspendido en aquella suerte de pañal-columpio cuyos extremos pendían anudados a dos ramas altas. La culebra, en realidad, no había llegado a morder la carne del bebé; la mordida había sido muy superficial; primero, porque los colmillos de la culebra apenas

alcanzan el medio centímetro; y segundo, porque la mordida había quedado trabada en una parte sobresaliente de la tela.

—¿Todo bien? —preguntó la madre al hombre, ya una vez en la chabola.

Éste asintió con la cabeza y salió, orgulloso, a fumar y a bailar el Zangue-Zangue (vieja danza guerrea) con los demás hombres de la tribu.

UN RELOJERO EXTRAORDINARIO

Pasaba la mañana entre sus diminutas maquinarias. No se dedicaba a la relojería de gran tamaño. Él, si amaba los relojes, era precisamente por el insignificante tamaño de los engranajes. Diminutos, en ocasiones invisibles a la vista (debía trabajar con aparatos de visualización especiales, auténticos microscopios capaces de aumentar millones de veces el tamaño de los objetos insignificantes, casi cercanos al átomo, pero que unidos entre sí, combinados, armonizados, acababan por constituir una de las maquinarias de precisión más extraordinarias del mundo).

Su pasión por la “nanotecnología” le había llevado a conocer la faceta de inventor, pues por sí solo no le hubiera sido posible llevar adelante sus proyectos; al contrario, le era imprescindible disponer de toda una maquinaria especializada en la elaboración de diminutos y sofisticados mecanismos todos ellos capaces no sólo de cumplir las funciones que todos esperamos de un reloj, sino que rebasando las mismas, se había lanzado ahora a un nuevo campo que abría a su vez toda una serie de posibilidades y de expectativas con las que un relojero de su tiempo no habría llegado ni tan siquiera a soñar.

La carcasa de un reloj se le asemejaba un pequeño país en miniatura. Y cuanto más penetraba en los secretos de la nanotecnología y del empequeñecimiento constante de los distintos utensilios, mecanismos y herramientas, mayores eran las posibilidades que ello le brindaba de cara sobre todo a añadir funciones “extras” a los relojes, de manera que el uso típico de un reloj como tal habría de allí en adelante de convertirse en uso atípico, hasta el punto en que lo más importante no era ya el reloj en sí, sino el resto. En fin, el relleno había pasado a ser la tarta y la tarta el relleno.

Había llegado al punto en que cada reloj estaba perfectamente personalizado. Aún más, cada reloj que de allí en adelante habría de construir (pues se trataba de un proceso realmente de construcción, o aún más, de creación), sería llevado a cabo bajo pedido y atendiendo las necesidades o caprichos del usuario futuro del mismo.

Para empezar, lanzó al mercado una tirada de mil doscientos relojes, todos ellos distintos pero con un mismo denominador común: la marca inconfundible del relojero, el maravilloso don que le hacía transgredir los límites naturales de su profesión y que le llevaban a ser no ya un mero profesional, sino un artista de dimensiones grandiosas, admirado e incluso mistificado por la sociedad de su tiempo y por aquellas generaciones futuras (si el pasado fuera capaz de memoria, incluso su admiración se habría ganado).

Ni que decir tiene que de aquellos mil doscientos relojes no quedó ni uno a la venta en menos que canta un gallo. La noticia corrió como la pólvora. Los increíbles mecanismos de los relojes pronto acapararon la atención de los medios de comunicación y de la sociedad en general. Ante la envidia y estupor del resto de compañeros de profesión, el relojero pasó a ser noticia de primera plana y sus relojes hicieron que toda la industria relojera entrara en una profunda crisis cuya salida se veía en un principio incierta y larga, creándose así un panorama desolador en la estructura tradicional de máquinas y relojes pero que al público en general le pasó completamente inadvertida, pues cosa sabida es que los nuevos inventos y el progreso son en sí el verdadero motor de toda sociedad, y que cuanto es superado pasa a ser género de museos y colecciones abandonadas al trasegar del tiempo y del olvido.

La gente llamaba por teléfono pero apenas nadie conseguía una respuesta. El relojero era un hombre metódico y sin ambiciones especulativas. Él había encontrado un camino válido para sí mismo. Tenía cuanto un hombre humilde pueda desear: trabajo, reconocimiento y medios económicos más que suficientes para vivir con holgura y sin preocupaciones, entregado a su pasión y a la razón de su vida: los relojes. Pero además, cabe añadir que a raíz del merecido éxito cosechado con su afortunada colección de mil

doscientos relojes, la posibilidad de amasar una riqueza inmensa la tenía simplemente al alcance de la mano, y de hecho, su cuenta corriente creció de manera considerable en los siguientes meses.

De todas maneras, como se ha dicho, no era ése el objetivo del relojero. A pesar de las innumerables ofertas que le llovían desde las principales firmas y marcas de la relojería mundial, él, tras reflexionar larga y profundamente sobre ello, decidió al fin que su objetivo no era desde luego llegar a convertirse en el “hombre más rico del planeta” ni nada por el estilo. De hecho, la mera idea le parecía pueril, impropia de un hombre serio y bien situado en el mundo. Y además, emprender un camino tal sería contraproducente, pudiendo acabar “quemando” en tales propósitos su maravillosa y excepcional creatividad, que era a fin de cuentas su verdadero “tesoro”, su verdadera fortuna y fuente de riqueza.

Por esa razón, decidió hacer aquello que más deseaba: dedicarse exclusivamente a la fabricación de aparatos de relojería personalizados y bajo pedido. Naturalmente, cualquiera no podía permitirse el lujo de encargar un reloj a nuestro relojero, cuyo precio podía rebasar tranquilamente los ingresos anuales de una familia acomodada. Lo cual no es poco decir, aunque también debe aclararse que el tiempo aproximado necesario para confeccionar uno de tales relojes se situaba entre los tres y cinco meses. Nunca, por tanto, llegaría a

convertirse en el nuevo “Onasis” de la relojería. Decisión que fue celebrada por parte de toda la relojería mundial, que vieron así desaparecer –en principio– de sus mercados uno de los mayores peligros hasta entonces acaecidos en el sector, y que había sembrado de dudas y de sombras el futuro de la relojería clásica y tradicional. Además, las delicadas e innovadoras herramientas que utilizaba en la confección de las maquinarias, siendo el inventor de las mismas y habiendo guardado celosamente su secreto, hacía que nadie excepto él fuera capaz de fabricar tales relojes, cuyo proceso de fabricación, además, era del todo artesanal.

Al final, acabó convirtiéndose en un artista más al estilo de pintores, escultores, cineastas, etc. Sus relojes pasaron a ser considerados verdaderas obras de arte, y como tales el valor de los mismos fue subiendo hasta alcanzar en el mercado cotizaciones parecidas a las que en ocasiones alcanzan las obras de los grandes pintores, por poner un ejemplo. Pero ello no fue causa para que el relojero realizara modificaciones en sus tarifas habituales. En realidad, era un hombre más bien supersticioso. Le infundía verdadero pavor realizar alteraciones en su *modus vivendi* habitual. Pensaba que si lo hacía, ello pudiera tener consecuencias negativas, o incluso funestas, en su creatividad, en su actividad, y en especial tenía miedo de los cambios que la riqueza material pudiera operar en

su visión artística, mística e interiorizada del mundo.

Así que él siguió trabajando con sus tarifas habituales. Incluso llegó a aislarse, en cierta medida, de los demás. Vivía en una vieja casa rústica en una zona agreste y apartada, y los contactos que mantenía con el exterior estaban bastante limitados y por lo general no solía recibir demasiadas visitas. Unos campesinos que vivían a unos dos kilómetros de distancia se encargaban de llevarle la comida un par de veces al día y a cambio recibían un buen salario por ello. Luego, estaban las visitas de tipo profesional, es decir, clientes que se acercaban para informarle de sus necesidades o expectativas con respecto a su nuevo reloj de encargo, y por último, estaban las visitas de otros artistas, personalidades, políticos, etc. deseosos de trabar sino amistad sí al menos conocimiento con hombre tan singular, si bien dichas visitas eran siempre las menos y en cualquier caso reducidas a una asiduidad más que razonable, pues el trato en exceso con los demás y la vanidad a la que pudiera dar pie la visita constante de personas famosas, influyentes y/o poderosas era también objeto del temor de nuestro relojero, siempre receloso de cuanto pudiera ser un obstáculo para su verdadera labor y auténtico objetivo de su vida: construir sofisticados relojes valiéndose a su vez de las más sofisticadas e innovadoras tecnologías jamás pensadas ni soñadas hasta entonces por seres de carne y hueso.

Algún día, si acaso dispusiera de tiempo y ocasión para ello, daré noticia exacta del carácter y contenido de tales creaciones. Por ahora mucho me temo que ello no va a ser posible, mi reloj (maravilla creada y diseñada por el fantástico relojero protagonista de este breve relato) me señala que es tiempo de callar y abandonarme al sueño, principio del fantástico viaje que va a dar comienzo merced a las bondades y sabidurías de mi extraordinario reloj (una vez programado, es preciso seguir el proceso hasta el fin, evitando así alteraciones que pudieran acabar dando lugar a un malfuncionamiento del mismo: que sean creaciones maravillosas, no implica que vayan a durar toda la vida...).

LA ESPERA

La pareja de ancianos aguarda en silencio junto a la tumba que contiene sus cuerpos. Están muertos. Hace tiempo que murieron.

—¿Tú crees que vendrán...? —pregunta la mujer.

En realidad, tenía setenta y tres años cuando murió y su aspecto físico es el de entonces. Cuando mueres, es lo que sucede (al menos, los primeros años). El muerto se queda con su aspecto de cuando se murió. No cambia. Quiero decir su fantasma, su espíritu. No es tampoco el aspecto de la persona ya enferma o caída en el lecho de muerte, sino el momento anterior al proceso degenerativo que le llevará a la muerte. Por esa razón, ella, la mujer, su aspecto no era el de una persona anciana en el sentido literal de la palabra, pues sus setenta y tres años los había sobrellevado bastante bien en la época inmediatamente anterior a su fatal enfermedad (cáncer), de manera que su aspecto era saludable, casi lozano (aunque de una palidez inconfundible...).

—Sí, seguro que viene alguno de los tres... —respondió él, su marido.

En este caso sí que era un anciano, pues sobrevivió 19 años a su mujer y llegó a morir a los noventa y dos años, razón por la que su fantasma era el de un hombre mayor y con los signos inconfundibles de la vejez llevada a los extremos de la longevidad humana.

Esperaban a sus hijos. Era el día de Todos los Santos. Sus cuerpos, o mejor dicho, sus restos habían sido depositados años atrás en un panteón familiar. Los hijos, dos varones y una chica, solían ir a visitarlos con cierta frecuencia, pero no con demasiada asiduidad, pues vivían lejos del pueblo al que pertenecía el cementerio. Era un pueblo de unos cinco mil habitantes, dedicado a la agricultura y también con una cierta industria que había ido consolidándose en los alrededores de la comarca.

Pero los hijos vivían a varias horas, y realizar el trayecto no siempre les resultaba cómodo ni fácil. Tenían sus obligaciones familiares, laborales... Y luego estaba el olvido. No, no es que los hubiesen olvidado, pero el tiempo, ya se sabe, pasa y con él todo se hace más llevadero, nos acostumbramos a lo que ya no tenemos con la misma facilidad con la que nos acostumbramos a lo que una vez tuvimos. Así ha sido siempre y así continuará siéndolo.

Los dos ancianos, o mejor dicho, sus fantasmas, miraban con envidia al resto de difuntos que recibían con alegría y orgullo la visita de

familiares, allegados y amigos. La imagen de una madre con sus hijos pequeños, de diferentes edades, situados ante una tumba (los abuelos, tíos...), con aspecto de rezar o dialogar con los muertos queridos, resultaba realmente emocionante y era desde luego motivo de envidia. Había veneración y respeto en aquella pose, en aquella fotografía. Realmente, un pueblo que no honra a sus muertos no vale nada. Y un individuo que no hace tal, tiene ante sí la nada; o aún peor, es probable que tenga la nada (o un poco de esa nada) dentro de sí. No somos cantos que vaya a llevar rodando el río de aquí a qué se yo dónde; tenemos un pasado, una memoria, una obligación hacia el recuerdo, hacia lo que fuimos gracias al sacrificio y al cariño de otros. Quien no es capaz de entender eso, bien pocas cosas será capaz de entender.

Hoy día, parece que la tecnología nos haya liberado de esa carga; como si los sentimientos y la manifestación de los mismos sea una “antigualla del pasado”. No se trata de recoger valores tradicionales e “insertarlos” de manera forzada en el presente, sino más bien de saber distinguir lo que es parte de nuestra naturaleza y honrarla por eso, por el mero hecho de formar parte de nuestra naturaleza y por tanto formar parte también de la Naturaleza con mayúsculas, el vínculo que nos une a la vida, a la tierra, a la muerte...

El tiempo pasa.

–¿Ninguno de los tres va a venir...? –
pregunta ella con voz quejicosa.

El hombre no responde nada. Mira con simpatía a unos familiares que han venido a depositar unas flores en la tumba del que fuera su hermano. Hace ya muchos años que murió y su fantasma ya no habita allí. Por lo general, los fantasmas suelen permanecer en el cementerio unos diez o quince años como mucho. Durante ese tiempo, no pueden salir al exterior. El cementerio es como una cárcel, sólo que no la sienten de esa manera; al contrario, los fantasmas de los muertos suelen sentirse bien durante todo el tiempo que dura su inclusión en el cementerio. Al principio se les hace un poco duro, sobre todo por el proceso de putrefacción del que fuera su cuerpo, aunque no huelen a nada, quiero decir que los fantasmas no pueden oler nada, o al menos, no pueden oler los olores que los mortales sí percibimos. No sé la razón, aunque en cualquier caso, la naturaleza es sabia.

Todo el cementerio se ha vestido con mil ramos y jarrones floridos dando al lugar un aspecto alegre y puro, lejos de la monotonía y abandono habituales.

–Mira como llora esa... –dice el anciano a su mujer con una sonrisa, aunque en el fondo la frase la ha pronunciado para sí mismo.

–Es un muerto reciente. Qué pobre. No era más que un niño –responde ella.

Sobre la tumba, un niño de siete u ocho años juega con las flores que cubren la lápida. No parece asustado ni extrañado ante su situación. Siempre sucede lo mismo con los fantasmas de los muertos. A pesar de lo chocante al principio de su condición y de cuanto les rodea, algo hay en ellos que les impulso a admitir la nueva situación con una naturalidad tal que lo único que podemos decir para explicarlo es lo que ya antes se ha dicho: madre Naturaleza es sabia...

El tiempo se está tornando desapacible. El sol, tímido a primera hora de la mañana, se ha ocultado tras unos densos nubarrones y de allí a poco comienza el aguacero. Los paraguas se abren, hay algunas salidas apresuradas del cementerio, alguna que otra risa que en seguida se acalla, sabedora de estar fuera de lugar...

–Con esta lluvia sí que no van a venir... – dice él.

Ella no puede ocultar su tristeza, pero aún y todo responde:

–¡Bah! Mejor. Para qué van a venir con este tiempo. Igual les ocurre algo en la carretera...

Las horas pasan. Al mediodía el cementerio prácticamente queda vacío. Luego, a la tarde, vuelve (con menos intensidad) el trasiego de familiares, flores, rezos, saludos de mengano y fulano, “¿Qué tal?”, “¿Qué es de tu vida?”, “Me fui a vivir a Barcelona”, “Me casé y tuve dos hijos”. “¿Murió? ¡No será verdad!”... Y así, un sin fin de saludos, de palabras breves y de palabras largas, que dan al cementerio ese toque de frivolidad que los vivos tan bien saben dar a las cosas trascendentales e irremediables.

Empieza a oscurecer. El sol del otoño no da para mucho. Los dos ancianos comprenden que nadie va a venir a honrarlos. En su interior, disculpan a los hijos, pero no pueden evitar una sensación de reproche, de soledad, allá, ese día en que, al menos una vez al año, podían haber venido a recordarles, y sobre todo ellos les hubieran visto, y hubieran visto también a los hijos de sus hijos, ¡los nietos y nietas! Hubieran dicho: “¿Mira, mira cómo ha crecido Miguelito!” “¡Dios mío, pero si han tenido otra niña!” “¡Cómo se parece a la tía María!” “¿Ya ves?. ¡Tiene su misma nariz!”... Y así, un sinfín de palabras, de frases que hubieran deseado expresar.

Pero no va a ser posible. Ninguno de los hijos ha ido a visitar la tumba. Los tres hubieran querido ir. Estuvieron dudando hasta el último momento. Uno incluso llegó a comprar un ramo de flores la víspera, en el supermercado, por la noche.

Pero las dos horas de viaje de ida y las dos horas de viaje de vuelta, el mal tiempo, los niños protestando, el coste de pasar un día fuera, una cierta pereza o cansancio...

Ya con la última luz, el cementerio de nuevo sumido en su silencio y en su soledad, los ancianos, cogidos del brazo, se pierden por uno de los recovecos del cementerio, entre las tumbas envueltas en una ligera niebla que a lo largo del crepúsculo se va haciendo más densa, y tras de sí dejan algo así como un murmullo de soledad, un rastro de desilusión, más allá de cualquier asomo de terror, superando con un no se qué de cotidiano lo sobrenatural, como si la normalidad fuese eso: el deambular de los fantasmas, la percepción de sus emociones todavía humanas... Al parecer, es cuanto queda de los seres humanos una vez apartado el invisible velo que media entre la vida y la muerte, mientras las almas se aprestan a proseguir con su eterno peregrinaje y permanecen allá, en esa suerte de estación de paso que son los cementerios.

VIAJE A LA NADA

Había realizado aquel viaje miles de veces. Era un viaje a ningún sitio. Un viajero desterrado que se afanaba incansable en topar el camino de vuelta... “Es absurdo”, se dijo. Pero era algo que ya lo había pensado en innumerables ocasiones. Su “misión”, por decirlo de alguna manera, era ésa: viajar. Viajar continuamente. Y no sentirse jamás satisfecho del viaje y por tanto verse así impulsado a continuar, a visitar otro país, otra cultura, que tampoco habría de satisfacerle al cien por cien, razón por la que volvería de nuevo a empaquetar sus pocas pertenencias y emprender de nuevo su viaje a ninguna parte.

Era la época de los grandes viajes interestelares. No se viajaba ya casi por el planeta tierra, último reducto de una clase primitiva que se había acostumbrado a vivir entre la inmundicia y la traición y la vileza. En realidad, cada planeta ofrecía una perspectiva de la vida diferente, y sobre todo desde el punto de vista antropológico, de manera que cada raza, cada planeta, tenía un sentido distinto de la existencia, de la moral, de la ética... absolutamente distinto. Había de todo, sí, pero, desde luego el Planeta llamado Tierra era de los peores, una de las razas más infames. Quién sabe, “pensó el viajero”, tal vez sea una raza

maldita, o tal vez el propio planeta forme parte de uno de los círculos próximos al Iketop.

El Iketop era, digamos, una idea vaga que podría identificarse con aquello que los cristianos solían llamar “Infierno”. Se pensaba que había varios infiernos y que estos estaban situados en distintos planetas.

El viajero observaba el paisaje oscuro transcurrir raudamente. La velocidad es elevada en el espacio, pero no por ello impide contemplar el paisaje más allá de la ventanilla de viaje.

—¿Va usted lejos? —le pregunta el compañero de asiento.

—Sí y no —le responde con una sonrisa.

El otro asiente y esboza también una sonrisa parecida a la suya. Los dos son “viajeros erráticos”. Es el nombre con el que se les conoce. Viajan constantemente. No se afincan en ningún sitio y ven con recelo e incluso con sorna el modo de vida de aquellos habitantes hechos a la vida hogareña: un trabajo fijo y seguro, un horario, un itinerario corto y monótono que llega a durar una existencia entera...

Ambos se han reconocido en seguida. Los viajeros erráticos se reconocen rápidamente entre ellos. No es en sus ropas, ni en sus bagajes... Es

algo que llevan en la mirada, en sus gestos en la forma de preguntar, de conversar...

Un estruendo sacude la nave. Por un momento, las luces se apagan y todo queda a oscuras.

–Vaya –exclama el compañero de butaca–, seguro que es por algún asteroide...

Cuando existe el peligro de que un asteroide se cruce en el camino de la nave, el ordenador de abordaje realiza el cálculo de choque y si por alguna razón no puede evitarlo por tratarse de un asteroide acompañado de muchos más (una lluvia de meteoritos), en tal caso, se detiene de forma brusca y a continuación la capa de protección cubre el cohete inmunizándolo a los impactos. Éste método es muy efectivo cuando el meteorito o meteoritos en cuestión no alcanzan un tamaño considerable (hasta un diámetro de 10-15 metros. A partir de ahí, es preciso realizar un complicado y costoso cambio de rumbo –costoso debido al gran consumo energético que ello conlleva: arranque de motores auxiliares, aumento de la potencia en breves segundos, etc...). La capa de protección es como un escudo contra el que los meteoritos rebotan y salen despedidos sin causar ningún daño a la nave. Ni siquiera se nota la fuerza del choque. El único problema es que no es posible activar el escudo protector con la aeronave en marcha, razón por la que se habían detenido y aguardaban ahora el

momento del impacto. Dentro de la nave se encendió la cámara de televisión y se escuchó la voz del capitán.

–Nos hemos detenido para proceder al choque seguro contra una serie de meteoritos de pequeño tamaño. Pueden observar el acontecimiento en la pantalla de viaje. ¡Que ustedes gocen de las imágenes!

Las luces que se habían ya vuelto a encender para entonces se tornaron pálidas, dando una ambientación muy agradable al evento que pronto habrían de presenciar.

En total, viajaban en la nave unas doscientas cincuenta personas. No era propiamente una nave de transporte de viajeros, sino de mercancías. Solían tener un uso mixto, de manera que podían transportar a un pequeño grupo de viajeros y al mismo tiempo realizar el transporte de carga, que era el principal cometido de tales naves. Las auténticas naves interestelares tenían una capacidad de pasajeros muy superior. Las había incluso diseñadas para transportar de una sola vez a cuarenta mil personas. Era muy útil, sobre todo en los casos en que por distintas causas resultara necesario llevar a cabo un traslado importante de población, bien a otro planeta bien a otra zona de un planeta en concreto. En este último caso, las naves nunca realizaban la maniobra de penetrar en la atmósfera, sino que se quedaban aguardando a

que otras naves más pequeñas y funcionales se encargasen de trasladar a los pasajeros de la gran nave a tierra firme. Una nave interestelar se construía siempre en zonas de gravedad cero, y sus recorridos eran siempre a través del espacio, viajando de un planeta a otro, de una constelación a otra, pero sin llegar jamás a tomar tierra en ningún planeta (en teoría, podían hacerlo –aunque jamás se había hecho–; pero, ni teóricamente siquiera podían realizar un despegue desde tierra firme al espacio).

Los meteoritos llegaron, impactaron, los viajeros lanzaron unos chillidos de júbilo en el momento del impacto y de allí a poco la nave se puso de nuevo en marcha. Las aeronaves mixtas de carga y transporte de viajeros estaban bien construidas y eran tan seguras como cualquier otra. Eran, eso sí, más lentas, pero por contra los precios de los billetes solían ser también considerablemente más baratos. Por lo general, los viajeros erráticos y otros viajeros del espacio (jóvenes, aventureros, emigrantes...) solían utilizar este último sistema de transporte por razones económicas, pero también había quien lo hacía porque el viaje les parecía más auténtico, sin el boato de los grandes paquebotos espaciales.

Con la nave ya otra vez en marcha, el viajero errático se concentró en el viaje. La sensación de sentirse un desterrado, de haberse quedado al margen de las relaciones humanas, le agobiaba, pero había aprendido a vivir con ese

agobio, con ese peso. Él, en realidad, era un superviviente del planeta tierra, planeta que había dejado atrás asqueado de la codicia y de la crueldad de su raza. Su compañero de viaje era también un viajero errático. Tal vez incluso fuera también originario de la Tierra. Podía reconocerlo en su mirada, en su forma de hablar, en su oculto sentido de la culpabilidad que no le abandonaba aun encontrándose a millones de kilómetros del precioso planeta azul y blanco, el Planeta Tierra, tan de postal, tan bello e ingenuo visto desde el exterior, y sin embargo tan falaz y miserable visto de cerca. Eran los viajeros erráticos gentes así. Unos eran del planeta tierra y otros provenían de otros planetas cuyos pueblos habían también caído en la codicia y en la bajeza, en la ley del más fuerte, regidos por el código de la guerra. En muchos casos, los viajeros erráticos habían vivido en sus propias carnes la injusticia, la tortura, el asesinato de seres queridos, desapariciones de familiares y allegados, pueblos enteros masacrados... Había entre ellos verdaderos supervivientes: razas enteras que habían sido aniquiladas por otras militarmente más poderosas y moralmente más débiles. Sin embargo, siempre había algunos que conseguían escapar del genocidio, y esos eran ahora los que pululaban por el espacio de un lugar a otro, tratando de olvidar, recorriendo millones de kilómetros pero sin conseguir con ello dejar atrás los recuerdos, las imágenes de familiares muertos en terribles circunstancias... Y sin olvidarnos de los

perseguidos políticos, de los exiliados, que con el tiempo harían del exilio una segunda patria, un lugar en el que tal vez les sería posible volver de nuevo a recomenzar las vidas rotas. Era tan inmenso el espacio... Allá había sitio para todos. Y al mismo tiempo, era como si nada hubiese cambiado. Ese mundo interior que llevaban consigo se contraponía al espacio infinito y acaba convirtiéndose en un baluarte del que ya nadie podía expulsarles (te pueden expulsar de tu casa, pero no pueden expulsarte de ti mismo). Y además, existía también la esperanza... la esperanza de regresar algún día, de volver a comenzar en el país, en el planeta abandonado apresuradamente en medio de trágicas circunstancias; o bien sino, encontrar al menos un lugar en donde volver a empezar, con otras gentes parecidas a uno mismo, con otros viajeros erráticos, algunos de una misma etnia incluso (los menos). Lo importante era que supieran del valor de la huida, del sentido del destierro, de la importancia del viaje inacabable, de la soledad tan inmensa como ese espacio que siempre se extendía infinito tras las ventanillas de todas las naves de transporte... Lo importante era eso, seguir viajando, no detenerse nunca y continuar buscando eso que tal vez no existía, eso que probablemente no encontrarían jamás –se llama esperanza–, pero... ¡y quién sabe!, era tan inmenso el universo... Debía, tenía que haber allí algún lugar en donde una nueva raza, un nuevo pueblo, pudiera echar raíces de nuevo, más allá de las guerras, de la imposición, de la injusticia, de la

codicia. Un nuevo pueblo, una nueva humanidad, pura, bella, capaz de amar a su nueva tierra y así misma, lejos de los lazos criminales del poder y de la dominación.

ÚLTIMOS INSTANTES

“Esas malditas bombas... ¿Nunca van a dejar de disparar? No voy a poder salir de aquí... Maldita misión. Ya le dije al comandante que esto sería un infierno, que no valía la pena. Voy a morir”.

Era la Segunda Guerra Mundial y el piloto F.W. había salido en un vuelo rutinario. Su misión: recoger información de los movimientos del enemigo. Para ello, necesitaba volar a baja altura y exponerse a las baterías del fuego enemigo. Su situación era desesperada. Estaba atrapado en una red de cañonazos y no veía manera de escapar de aquel infierno. Trató de tomar altura.

“Tal vez, si consiguiera elevarme otros mil metros...”.

Pero justo en aquel instante, una gran explosión abortó sus esperanzas. El avión comenzó a arder por la parte de la cola.

“Se acabó”, pensó. “Aunque peor hubiera sido si hubieran acertado en la parte delantera del avión. En esos casos, el fuego acaba penetrando en la carlinga y antes de llegar al suelo el piloto se achicharra vivo”.

Durante unos segundos su mente se quedó en blanco. Luego, otra vez retomó el hilo de su voz.

“Supongo que ha merecido la pena. Todos estos esfuerzos... Pero qué ha merecido más la pena, ¿la guerra o la paz? Desde aquí arriba, no parece que sean tan distintos. Ahora no importa. Ahora nada importa. Pude haber sido un buen tipo o pude haber sido el ser más abominable. ¿Qué importa ahora? Sólo caigo. Me quedan unos pocos minutos para seguir siendo lo único de lo que estoy seguro: yo. Mierda. Apenas puedo controlar el aparato...”

–Eh, F.W. ¿Me escuchas? –se escuchó una voz por la radio del avión–. ¿En dónde diablos te has metido?

F.W. reconoció enseguida la voz de M.R.. Nunca le había parecido una persona desagradable, pero sintió un poco de rabia al escuchar su voz. Eran sus últimos instantes, ¿no? Quería concentrarse. Quería recordar, y dedicar sus últimos pensamientos a los suyos, o a sí mismo.

–Estoy cayendo, M.R. Déjame.

M.R. no respondió en seguida.

–No te rindas, F.W. –acertó a decir al fin. Su voz sonó lejana y débil.

–Te lo agradezco, M.R. Pero no hay solución. Tengo la cola destrozada y continuó sufriendo el fuego enemigo. Aún no he empezado a caer en barrena, pero es cuestión de segundos. Tal vez unos pocos minutos. Déjame. No hables. Quiero concentrarme. Adiós.

Se hizo un silencio, que F.W. aprovechó para retomar sus pensamientos.

“¿En qué estaba pensando? Así, en lo que merecía y no merecía la pena... En lo que somos y no somos. Pero, sobre todo, en lo que hemos sido y en lo que no hemos sido. Ahora sí que da rabia, justo cuando ya no hay salida, cuando ves que todo se ha acabado... Entonces sí que fastidia no haber hecho aquello que tanto deseamos hacer. Es estúpido, no atrevernos a decir las cosas que hubiéramos querido decir... Supongo que en tales instantes siempre surge el recuerdo de alguien que hubiésemos querido querer y que nos quisiera. Yo también, no soy una excepción en ese sentido. Sí. Estaba E.D. No le dije nunca lo que en realidad me hubiera gustado decirle... Supongo que eso es también una ilusión. Hacemos de una mera posibilidad la “gran pérdida” de nuestras vidas, cuando en realidad aquella relación nos hubiera llevado a otro atolladero, a otra calle sin salida. Aún así, nos gusta pensar que “todo habría sido distinto si...”

Un nuevo zambombazo le sacó de sus pensamientos. Esta vez habían acertado en la zona del motor. Había fuego, pero por suerte la carlinga estaba intacta y le protegía de las llamas. Intentó levantar un poco el morro del avión, a pesar de que éste ya empezaba a sentir una fatal atracción hacia el suelo, como atraído por un poderoso imán.

“...Y luego, todas esas posibilidades que tuve de vivir de otra manera... Qué extraño es. Estoy a punto de desintegrarme y a pesar de todo no dejo de pensar en ideas más bien peregrinas... Se supone que debiera tener un instante de “iluminación” aquí arriba. No sé... “Pensamientos elevados” o algo por el estilo. Sin embargo, lo único que hago es pensar en lo que pude o no pude haber hecho, haber sido, haber tenido, haber amado... Parece que la vida sea un calco de otras vidas, proyectadas siempre hacia la carencia. Y que la proximidad de la muerte se vuelva una degeneración de nuestra capacidad de recordar. Quién sabe. Tan vez incluso se trate de un mecanismo defensivo de nuestro cuerpo, o de la mente... Nos esforzamos en dominarlo todo, pero aquí arriba, ahora mismo, no somos más que unos domingueros que aún no saben del trágico accidente que les espera en la carretera. Tenemos un concepto cándido de la vida... El maldito avión ha comenzado a caer en picado. Ya no puedo controlarlo. Ahora no soy yo quien lleva el avión, sino el avión quien me lleva a mí. El avión es ahora mi ataúd, las siglas militares mi lápida, y las

explosiones los rezos que me acompañan a la tumba. ¿Llegarán a enterrarme en algún sitio? ¿O mi cuerpo desaparecerá entre los matorrales o los restos calcinados de una ciudad, de una fábrica...?”

–¡F.W.! ¿Me escuchas?

Era M.R. otra vez. Respondió débilmente...

–Sí...

–¡F.W., mira hacia el noroeste! Estamos aquí. Toda la escuadrilla.

F.W. miró como pudo en la dirección indicada y vio allí en el cielo a toda la escuadrilla. Volaban a gran altura realizando en el cielo azul toda clase de piruetas, a cada cual más alocada. Era la manera que tenían para despedirse, para decirle que ellos estaban allí, que no le dejaban sólo en aquellos instantes...

–Os veo, M.R. Gracia, chicos. Sois fantásticos...

Se interrumpió, emocionado. No pudo decir más. Ni tampoco tuvo ya tiempo para ello. Su avión se precipitaba en barrena a quinientos o seiscientos kilómetros por hora. Podía frenar un poco la caída, pero nada más.

“Bueno, ha sido un entierro muy bonito”, pensó entre lágrimas. “No todos los fiambres tienen ocasión de ver en su propio entierro a los amigos. Es curioso, ni siquiera siento ya pánico. Gracias a ellos... La tierra. Ahí está. Es como un muro contra el que voy a estrellarme. La máquina también se destruirá. El motor... son sus últimas revoluciones... Qué insignificante es morir... Casi como si yo también fuera sólo una máquina... En estos últimos instantes la vida se insinúa con tanta futilidad... Aunque sin perder su encanto. Es bello morir y es bello haber vivido. No soy culpable de nada... Voy a morir, y por tanto soy inocente. No ocurre así cuando vivimos y nuestra vida parece ser eterna. Entonces sí somos culpables. Pero ahora, cuando la muerte es inminente, no existe hombre que no pueda gritar, que no tenga derecho a gritar: Soy inocente... A fin de cuentas, qué somos sino herramientas de un fin supremo que nos utiliza a su antojo y cuyos designios ignoramos (tal vez ignoremos siempre, incluso luego de morir...). Goliat muere; David muere. Los gobiernos, las ideas, los ejércitos mueren... La gloria muere.. y la infamia... Sólo queda ese formidable golpe al final del camino. Los seres humanos somos una enorme escombrera en la que vamos depositando nuestras almas reducidas a los meros hechos, a las incongruentes y falsas biografías... Hemos bailado con mayor o menos escrúpulo sobre la escenografía que alguien previamente había dispuesto para nosotros. Todo está escrito. Nuestros nombres ya estaban escritos desde mucho antes del primer

instante. La vida es un escondite, y nosotros jugamos al que te pilló... y un día nos pillan. Y se acaba el juego. Una tumba con un letrero luminoso de neón: Game Over. Aquí yace Nadie. Fue un dandy decadente, o un misántropo huidizo y oscuro, o un ser maravilloso y generoso, erudito, aventurero... Todas nuestras muertes son muertes anunciadas. Y nuestro epitafio es siempre el mismo... Aquí yace Nadie. Game Over”.

DIVORCIÉMONOS, CARIÑO

Se quedó mirándole, viendo cómo hacía la maleta. Él daba la impresión de estar fingiendo (era absurdo pensar que se había olvidado de su esposa sentada en la cama, a un par de metros escasos). Había en sus gestos un rastro de fatiga, como si coger un par de calcetines, por ejemplo, fuese una acción de por sí pesada y grave. Ella tenía una expresión severa, similar a la de un inspector de hacienda en plena faena.

—¿Por qué no acabas de una vez con esta farsa? —le preguntó ella.

—No es una farsa —respondió sin levantar la vista. Y continuó con su tarea.

Hacía tiempo que la relación entre ambos se había enrarecido. Él ya sólo pensaba en huir. En huir solo. No había otra mujer de por medio ni nada parecido. Simplemente, no quería seguir compartiendo “nada” con su mujer. Lo hubiera hecho antes, pero eso no siempre es posible. Hace falta disponer de medios, arreglar todo cuanto se refiere al bienestar personal y familiar... No es fácil.

De improviso, él rompió a hablar.

–Ésta relación había acabo encarnando el desamor, más que otras cosa. Eras como un clavo en el zapato, en el culo...

–No sabía que te hiciera sentir como un fakir... –le respondió ella con una sonrisa, tratando de ocultar su amargura con esas palabras.

Él también sonrió.

–Convivir contigo significa andar encogido todo el tiempo. Tal vez les pase lo mismo a todas las parejas, con el tiempo...

–Vaya, ahora hablas de encogimientos. No sé, tal vez confundías la ducha con la lavadora. Pero no es mi culpa...

Él no se inmutó.

–Hablar contigo es perder el tiempo. No existe entre nosotros ninguna compenetración. Cualquier cosa que pueda decir o dar a entender tú siempre la vas a interpretar del modo equivocado.

Ella soltó una carcajada.

–Sí, claro. Yo siempre estoy equivocada. La pobre y estúpida esposa...

–No digo que tú estés equivocada, sino que ése es el efecto que tú me produces a mí y que yo te produzco a ti.

Se quedaron en silencio durante unos segundos.

–Te explicas como un libro cerrado.

–Me explico como cinco libros abiertos. Pero es como si hablásemos en cinco idiomas distintos. A la vez.

Ella le lanzó una mirada furiosa.

–¿No puedes contentarte con lo que tienes?

Él se tomó su tiempo antes de responder.

–No –dijo al final–. Ni puedo, ni quiero. Aquí a uno se le hace un callo en el espíritu. Esto es como practicar la endogamia en un gallinero. Y a mi me hace falta volver a saber lo que hay ahí fuera. No me quedan muchos años de vida.

–¿Quieres escapar *del gallinero*, entonces?
–le interrumpió.

Él volvió a tomarse unos segundos antes de responder.

–Sí. Tú misma lo has dicho. Quiero escapar, huir de este mediocre laberinto.

Ella escupió con rabia una uña que acaba de cortarse con los dientes.

–¿De qué laberinto hablas? ¿Y por qué me insultas llamándome mediocre?

Él suspiró.

–Yo no te he insultado. No he dicho que tú seas mediocre. Sólo he dicho que...

Ella se puso en pie.

–¡Ya basta! Esto no es un laberinto. Esto es... era una familia. Y si te gustan los laberintos, quédate aquí a buscar la salida... Conmigo, con tus hijos. Si te vas ahí fuera, entonces sí que vas a toparte con un verdadero laberinto.

La luz de la calle daba un tono gris a la habitación. Era otoño y el día oscurecía rápido.

–Eso es precisamente lo que busco. Dar con un gran laberinto. Éste ya se me ha hecho pequeño. Conozco todas sus entradas y todas sus salidas. Sé hasta dónde llega y hasta dónde no llega. Ahora, lo que quiero es...

–Jodernos a todos –le interrumpió ella, mordiéndose otra vez las uñas.

–Quiero otro laberinto. Un laberinto nuevo. Un millón de veces más grande que éste que hemos construido durante veinte *largísimo* años.

–Eres inaguantable –le espetó ella.

–Por eso me voy –dijo él poniéndose en pie y acabando de cerrar la maleta.

Echó un último vistazo a la habitación.

–Sólo me llevo esto. El resto no me hace falta. Puedes tirar a la basura lo que quieras.

Ella iba a gritarle algo. Iba a insultarle. Pero en vez de ello, se echó a llorar. Y luego, fue corriendo al baño y echó el pestillo.

Tomó la maleta en una mano y atravesó el pasillo. Aunque el tiempo era seco, se detuvo en el paraguero a coger uno de sus paraguas. Tenía tres, pero sólo se llevó uno, el más pequeño, el plegable.

Su decisión era inapelable. Y las consecuencias de la misma, difíciles de calcular. Se dejaba, en principio, guiar por la intuición. Y su intuición le decía que tenía que reinventar de nuevo su vida. Quería actuar como un viejo jazzman, sabedor de que nunca podrá salir de su agujero pero

al mismo tiempo sintiéndose parte indivisible del ambiente y de cuanto le rodea. “Más allá de la familia, también hay vida” se dijo, jocosamente. Sí, sentía el magnetismo de la vida, el magnetismo de toda esa vida que se le había escapado entre las manos. En el fondo, nada nuevo hay bajo el sol: la vieja búsqueda del tiempo perdido. “Sí, va a ser una lección magistral”, se repetía dándose ánimos, pletórico, desbordando optimismo y confianza en sí mismo.

En medio de la calle salpicada por la luz de las primeras farolas, su estado de ánimo se sobreponía al decadente atardecer. Nada podía estropear su recién recobrada libertad. Sintió un estremecimiento de alegría según se iba alejando. Se sentía incluso engrandecido. El fracaso de su empresa era imposible. Eso sólo sucede cuando se espera conseguir algo. Y él sólo aspiraba a liquidar una época de su vida y a comenzar otra absolutamente distinta. No bebía, no consumía drogas, no era putero ni mujeriego. Tenía las cosas claras. Quería detenerse a admirar otros cielos, navegar en un mar más vasto, asumiendo al mismo tiempo los nuevos peligros y dificultades... Había repudiado el universo hogareño y ramplón. Y no era una pose. Él no era un fingidor. Ni tampoco se trataba de una crisis relacionada con la edad. Había quebrantado una de las sagradas leyes de la sociedad, una ley que venía de antaño, con cientos e incluso miles de años de tradición... Se había dado asimismo “la amnistía” y ahora era libre.

Libre para vagar a su antojo, libre para volver a organizar sus ambiciones, libre para ahogarse en el remolino de sensaciones y proyectos que bullían en su cabeza. Su vida pasada era un amasijo de recuerdos. Atrás quedaba la mazmorra social-familiar y ahora se dirigía a la selva, solo, revitalizado, fiel asimismo y traidor a lo que abandonaba a cada paso, a cada vuelta de esquina, a cada metro recorrido...

Por un instante, una sombra de duda se cernió sobre él. Y entonces echó a correr calle abajo, haciendo como si corría para coger el autobús, aunque en realidad no le importaba aquel autobús, ni siquiera era el suyo. Pero corrió y corrió, a pesar del peso de la maleta, lastimado por esa duda de última hora, un poco aterrorizado. Y luego, un poco más adelante, volvió a detenerse, ya más sereno, casi divertido por la absurda carrera, el rostro enrojecido, recobrada la expresión resuelta, desechando con un gesto la inoportuna ansiedad, superada la confusión.

PALABRAS DE DESPEDIDA

–Hoy es el día en que he decidido abandonarlo todo. La vida... ya no la soporto más. Es una carga. Todo acaba pasando factura... Las equivocaciones, los aciertos, los actos realizados con mala voluntad, aquellos realizados con buena voluntad... No soporto mi época; no soporto mi sociedad; no me soporto a mí. Mis fracasos, mis pírricos éxitos... Tal vez no exista un solo ser humano en el mundo que pueda expresarse de otra manera (¿trato de autoconsolarme...?). Viajé a New York huyendo de la tristeza... Pero ella siempre se entromete en mis asuntos. Tarde o temprano, acaba apareciendo ahí, como si fuera mi escolta, mi “ángel de la guardia”... Quería ser pintor, pero creo que no he sido capaz de percibir el mundo como artista... La bebida no me ayudó en ello. Pero beber en sí no es la causa del problema; es más bien una de las consecuencias del mismo. He destruido todos los cuadros. Y antes de hacerlo, he sacado una fotografía de cada uno de ellos. Luego, he cubierto las telas con pintura de diversos colores. Un hábil restaurador tal vez fuese capaz de restaurar una parte de la “obra”. Ciento cincuenta cuadros en total. Ciento cincuenta fracasos. Ciento cincuenta farsas. Ciento cincuenta tentativas. A veces dudo de hasta qué punto no eran válidos... Tal vez sea yo, que me repudio al verme reflejado en ellos. Y me pregunto cuál es el sentido de la vida, ahora que

ya no tengo obra, ahora que ya prácticamente no existo, ni como artista ni como hombre (dentro de apenas treinta o sesenta minutos habré muerto). Tal vez no debí mezclarme nunca con el mundo de la publicidad, con el mundo del dibujo “técnico”. Debí habérmela jugado a una sola carta. El todo por el todo. Podría así haber conseguido unos pocos años de grandeza, cuatro o cinco a lo sumo, antes del debacle económico total. Pero no lo hice. Me daba miedo la ruina, la miseria económica, salir a la calle y ser un hombre con el bolsillo de un adolescente, un carpanta... Así que me refugié en la publicidad, en el dibujo por encargo, banalidades... que poco a poco hicieron de mi arte un arte insustancial, vacío, abocado a los criterios del arte-marketing... Puedo mentir a los demás, puedo hacer que otros se sienten bien con las mentiras que he dibujado para ellos, pero no por eso puedo creerme mis propias mentiras, hacer sentirme bien a mí mismo con ellas... Hay sobre la cómoda una maleta con mis últimas pertenencias, algunos recortes de periódicos y fotografías, un par de carpetas con unos pocos escritos... Es curioso, yo que siempre me dediqué a la pintura, y precisamente ahora que voy a suicidarme, destruyo todos los cuadros y sin embargo dejo intacto el bloc en donde en los últimos año fui apuntando mis impresiones, criterios artísticos, inquietudes, opiniones... Hay en ese cuaderno gran número de menciones a las amistades. Tal vez sea ésa la razón por la que no lo he destruido. Quería que supierais cómo os he “retratado”, no esta vez con el pincel, sino con las

palabras, como miembro de ese círculo de amistades que tan pronto se abría como se cerraba como desaparecía... Casi nadie de las personas mencionadas en el mismo nunca llegarán a tener noticia de ello. Mejor. La mayoría no son precisamente elogios... Todos fuimos unos manipuladores. En el fondo, ése es el objeto de las relaciones sociales, familiares y humanas. Manipular... consciente o inconscientemente. Y cuando dejamos de sernos útiles, das la patada/te dan la patada y... a otra cosa. Tuvo su encanto de todos modos, cómo no, en la época de la juventud, cuando podíamos beber una noche entera y al día siguiente nos levantábamos como nuevos, dispuestos para la siguiente. El alcohol aún no había penetrado en nuestras venas. Nuestro cuerpo y nuestra mente disponían de una gran capacidad de “autoregenerarse”. Pero luego viene la caída. Los ídolos caen; las noches de gloria ceden paso al camión de la basura; los logros de quien se ha ocupado sólo de medrar están ahí y son como un zarpazo en pleno rostro. Y te los encuentras continuamente. Basta con salir a la calle. Y aún es peor en tu barrio, en tu ciudad... Los viejos conocidos, todos ellos con su aburguesado aburrimiento a cuestas, orgullosos de su mediocridad y al mismo tiempo merecedores de ella... Se puede coger un avión y poner tierra de por medio. Yo es lo que hice. New York... Y hubo también otras ciudades: París, Berlín, Canadá... También lo intenté en Sudamérica, pero allí aún fue peor (en ese continente se lucha por la

supervivencia, y eso no es bueno para un artista, que si de algo vive, no es desde luego de pan –no, no es una incongruencia: sólo el pan importa cuando se lucha por sobrevivir). Así es que me marché también de allí. Y ahora he vuelto. Pero no sé bien para qué. No entiendo el lugar que dejé. No es el mismo porque yo ya no soy el mismo. Y porque los recuerdos me atan demasiado a lo que fui y en el fondo siempre he detestado: yo y mi nauseabundo egocentrismo de pintor. Aunque, ¿si no fuera egocéntrico, creéis que sería pintor? Me hacen gracia los artistas que escriben cartas de queja sobre el egocentrismo o el narcisismo de tal y de cual pintor, artista, escritor... Si no estás obsesionado por tu universo íntimo, ¿qué vas entonces a pintar? ¿el retrato de J.G., gerente de Construcciones y Hormigonados, S.A.? ¿o vas tal vez a convertirte en el cantor heroico de una causa (perdida o ganada), de un pueblo lejano (caridad versus culpabilidad versus hipocresía versus cobardía)...? No, no hay una salida. Hace tiempo que no hay una salida. Lo he intentado todo. Incluso en París, por última vez, regresar al antiguo círculo de amistades, de los cafés, de las reuniones en los pisos, en las chambres, en... pero todo eso ya no existía, había desaparecido... Los antiguos “camaradas de ordalía”, bravos hombres y mujeres, formidables fornicadores, bebedores incansables, conversadores como ninguno otro, grandes lectores y magnates de la cultura y el arte... habían desaparecido, unos sumergidos en el opio familiar, otros arrollados por su propia degeneración (ya se

sabe, si no te apartas a tiempo, el mundo te pasa por encima), y otros simplemente se habían volatizado o incluso habían “trasmigrado” a otras almas grises y rutinarias, y de ellos no quedaba ya sino el poso, los restos de los restos, un dejarse llevar hasta la vejez y tener asegurada la comida durante tres o cuatro veces al día, y cómo no, el consumismo: un buen coche, dos pisitos, visitas continuas al supermercado, electrodomésticos últimos modelos... Yo no puedo con eso. No puedo más. Durante los años dedicados al “dibujo técnico” y a la publicidad, etc., he vivido anestesiado en mi propia burbuja, he visto día a día cómo todas mis posibilidades de expresión, los mejores esfuerzos de mí mismo se disipaban en ese “arte” al servicio de “Din-Don Don Dinero”, he pasado a ser parte de ese mecanismo, diente de la rueda que gira y gira sin que nadie pueda jamás hacerla detener (si eres diente de rueda lo serás mientras sigas siendo eso que eres). Para no girar más, tienes que dejar de ser parte de la rueda. Yo es lo que he decidido hacer. Y ahora observo la rueda dar vueltas en todas esas direcciones que tan bien sé. Pero al mismo tiempo, no sé lo que hago aquí. Apeado de la rueda tengo la sensación de que no soy nada, de que el tiempo ha pasado y antes de desvanecerse ha dejado clara su sentencia: culpable. Culpable, sí, de no haber tomado partido, culpable de no haberme atrevido a tomar una decisión arriesgada, culpable de inocente. Culpable de todo y de nada, y sobre todo de nada (la peor de todas las culpabilidades). Hubo una época, al

menos, en que deseaba a las mujeres, sus cuerpos, tocarlos, acariciarlos... En cada uno de esos cuerpos ponía todas mis esperanzas, como si en ellos fuese a encontrar la isla que tan desesperadamente busca el náufrago; pero pronto me ceñí a lo más práctico, al deseo, y me revolcaba en él como si fuera mi lodo balsámico. Pero incluso eso se ha destruido, ha desaparecido. No siento el deseo. El deseo se ha vuelto frío e indiferente. El acto mismo, ya de por sí, es patético, ridículo... la intención... Y entonces he comprendido. He llegado al final. Más allá no hay nada. Sería vivir por vivir. Sin alma casi, como un animal de costumbres. Yo, que siempre he vivido de sueños... Sí, podría hacer como el resto; podría aún aspirar a ser un buen pequeño-burgués, ir con mi carrito al supermercado tres o cuatro veces a la semana, quince días de vacaciones al año, el coche a plazos, la nevera bien surtida... Pero no puedo. Soy como un artesano arrollado por la era industrial. Entiendo las razones y no me quejo. Simplemente, me aparto a un lado, sin tratar de inmiscuirme en asuntos que no me competen. No es que sea un asceta, es sólo que... odio el artificio al que me aboca lo que no quiero ser... o lo que no he podido ser. Esta pistola que me traje de América va a serme de gran utilidad, y sobre todo va a tener una gran trascendencia en mi vida futura... Dejemos a un lado las bromas y ocupémonos ahora de cosas serias. Voy a darme incluso una última oportunidad. Tengo seis balas. Quito cinco y las arrojó por el váter. Ahora sólo queda una bala. La cargo en la recámara y levanto el cañón apuntando

al corazón (el lugar donde se siente por antonomasia el dolor). Si la bala no es defectuosa, acabará con mi vida. Si, por el contrario, no llegara a dispararse, desecharé la idea del suicidio y me convertiré de una vez y para siempre en el personaje gris y mediocre que me matará en vida. Ahora, a la de tres: 1... 2... 3.

EL SENTIMIENTO AJENO

La cuestión es... ¿y qué significa mirar por los ojos de otra persona? ¿cómo se siente uno al hacerlo? Es una pregunta que viene de lejos. No tiene copy-right, porque, sencillamente, forma parte del cuestionario eterno del ser humano, desde que éste tomó conciencia de sí mismo. Preguntarse cómo sienten los demás es como preguntarse qué hay más allá de la muerte. Preguntas sin respuesta, hasta que un buen día... o nos morimos (y realmente había una respuesta) o un genial invento nos viene a aclarar la cuestión y de paso a revolucionar el mundo.

Pues bien, eso es precisamente lo que había sucedido. Alguien lo había inventado. No, no qué hay más allá de la muerte, sino qué sienten los demás, cómo ven los otros el mundo, las relaciones, los deseos...

Una camilla. Mejor dicho, dos camillas. Una la del receptor, y otra la del donante. En principio, se realiza un diminuto orificio en la zona craneal y de ahí se introduce un minúsculo cable que va a interconectar con la zona cerebral adecuada. Una vez que ambos cerebros, el del receptor y donante, se encuentran en contacto por medio del cable, se trasmite una corriente de electricidad generada a partir de unas vibraciones

cuya longitud de onda va a ser la encargada de realizar lo que los científicos en tono humorístico han dado en llamar la “trasmigración del alma”; o lo que es lo mismo, la actividad cerebral del donante se va a trasladar a la actividad del receptor, y a partir de ahí aquél ya puede ver el mundo con los ojos del receptor (la explicación científica es mucho más compleja, pero a grandes rasgos, ése vendría a ser el proceso).

Y en eso consiste el invento. Luego, ha ido evolucionando hasta llegar a la eliminación de la conexión permanente del cable. Es decir, hoy día la carga de electricidad es independiente, no hace falta por tanto que receptor y donante estén recostados en sus respectivas camillas unidos por cable alguno, sino que la carga de electricidad dispone de autonomía propia, merced a la cual se puede llegar a unos 30 minutos de trasvase cerebral o anímico. Finalizado ese tiempo, donante y receptor vuelven de nuevo a la fase inicial, recobrando así la función orgánica natural de cada uno.

Ni qué decir tiene que el invento había causado furor. De hecho, había revolucionado las relaciones humanas. Por medio de la conexión vía cable, una persona (individuo A) podía por tiempo indefinido saber lo que otra persona (individuo B) sentía, veía, pensaba, recordaba, intuía... Y por medio de la conexión autónoma se conseguía lo

mismo pero con la limitación actual de 30 minutos máximo.

Las utilidades que el invento ofrecía eran prácticamente infinitas. Y como sucede con todos los inventos, se le podía dar un buen uso o... un mal uso. Uno de los grandes retos en el que trabajaban los científicos militares, por ejemplo, era dar con el modo de “anular” la personalidad del receptor. Supongamos que un país tenía un enemigo político en la persona de determinado dirigente. Pues bien, desde el momento en que un receptor penetrara en la mente de ese adversario y la anulara... No hace falta ni comentar el resto. De todas maneras, por ahora se limitaba al campo de la ciencia ficción. Primero, porque el receptor era solamente un mero “espectador” de la mente del donante; no podía intervenir en sus decisiones, en sus sentimientos ni en nada que le afectase. Sólo podía verlos, sentirlos, tratar de comprenderlos... Podía ver el mundo por sus ojos, podía gozar o sufrir con él, pero no podía “obligarle” a tomar una decisión; de hecho, ni siquiera era posible intervenir en sus pensamientos. El donante era un ser pasivo al cien por cien. De ahí que, en principio, las consecuencias de un mal uso estuvieran limitadas. Aunque desde el ámbito del espionaje, por ejemplo, ello hubiera tenido también una gran trascendencia... si no fuera porque el donante siempre era consciente de la presencia del receptor. También en ello se afanaban los científicos militares, pero sin gran éxito hasta el momento.

De todas maneras, dejemos a un lado la vertiente “estratégico-militar” del invento y ciñámonos a los usos “civiles” y cotidianos, que son, como siempre, los que realmente merecen la pena (que se pudra el Sr. Frankenstein con su monstruo y con sus deseos de grandeza y dominación).

Sobre los usos del mismo podríamos confeccionar una dilatada lista. En judicatura, por ejemplo, resultaba de gran utilidad a la hora de decidir sobre la culpabilidad o no de un acusado. Se requería, eso sí, su consentimiento previo; y una vez dado, un grupo de juristas se introducía de uno en uno en el cerebro del acusado en cuestión y verificaban la participación o no de éste en los hechos que se le imputaban. Tenía, de todos modos sus detractores, ya que en opinión de un sector de la comunidad científica existía la posibilidad – teórica, al menos– de que el donante llegara a “engañar” a los verificadores (nombre con el que se conocía a los peritos judiciales encargados de dicha labor). Requería, eso sí, una capacidad de abstracción inmensa, similar a la de los grandes jugadores de ajedrez. Por tanto, parecía estar al alcance de unas pocas personas, e incluso había quien dudaba de una tal posibilidad. La cuestión es la siguiente: ¿puede el cerebro borrar al cien por cien un hecho cometido de forma consciente y que además de por sí supone una carga inmensa en la capacidad mental del individuo, y sobre todo a la

parte que afecta al recuerdo y a la conciencia? La respuesta generalizada era que no, desde luego. Un asesinato, por ejemplo. El recuerdo, el “rastros” dejado en el cerebro por una acción grave como lo es el acto de matar a otra persona, no se puede borrar así como así de los recuerdos almacenados en el cerebro. Y aún menos tratándose de una persona normal, sana, que no tenga dañada ninguna zona vital de su mente. Se puede, sí, ocultar la verdad a los demás; pero no a uno mismo. Ése era el principio básico que en el 99% de los casos parecía confirmarse.

Y dejando a un lado esta otra aplicación jurídica del invento, se podrían mencionar otras menos trascendentales por la gravedad de sus consecuencias, aunque no por ello menos intensas y/o emotivas. Cómo piensa, por ejemplo, el ser querido o el ser no querido (ninguna relación afectiva tenemos con la inmensa mayoría de las personas que habitan en el mundo, pero no por ello deja de ser interesante su mundo interior, su visión “personal” del universo sea como individuo o como etnia o nación...). Sobra mencionar el extraordinario valor que ello tenía desde el punto de vista antropológico: cómo piensan y sienten e interpretan las personas ajenas a nuestro entorno, a nuestra cultura, a nuestro medio habitual. Poder “entrar” en la visión que del mundo tiene una raza primitiva pero que ha sobrevivido hasta nuestros días: los aborígenes de Australia, pueblos y razas del Amazonia, del África... o incluso el estudio de

la zona “profunda” de cada país y cultura, por muy civilizado que éste sea (¿no hablamos acaso de la “América profunda” del mismo modo que podríamos hablar del “Portugal profundo” o de la “Alemania profunda”?). Cada país industrializado tiene también su zona rural e incluso tiene también su grado de subdesarrollo, mayor o menor según el grado de civilización nacional alcanzado).

La picaresca también había hecho su aparición en todo esto, cómo no. Por ejemplo, he aquí un individuo (hombre o mujer) que siempre había suspirado por acostarse con los contrarios más bellos, y ahora, gracias al maravilloso adelanto científico, podía ver realizado su sueño de distintas maneras: un amigo (o amiga) generoso (receptor) dispuesto a permitir a otro (donante) introducirse en su mente durante la celebración del acto sexual; ofertas de “relaciones sexo-mentales” de pago, es decir, una suerte de prostitución mental en la que un hombre o una mujer pagaban para introducirse en un donante mientras éste mantenía relaciones sexuales con otra o varias personas...

En fin, no había prácticamente un límite. El hombre y la mujer habían dejado de estar solos y podían ahora compartir su soledad hasta extremos insospechados en épocas pasadas. Había incluso centros comerciales en donde gentes de la calle, personas conocidas entre sí o desconocidas (modalidad esta última que había llegado a alcanzar gran éxito), de distintas razas, sexos y culturas, se

tumbaban en las camillas y se conectaban durante media hora por el módico precio de 35 € la media hora. ¡Cuántos fracasos matrimoniales se habían conseguido evitar gracias a esta nueva forma de relación y de conocimiento social! ¡y cuántos matrimonios duraderos se habían llegado a celebrar gracias a ello! Efectivamente, el método permitía a las personas conocerse con gran detalle, y ello se había acabado notando en la estadística de divorcios y separaciones; bueno, al menos, al principio, ya que el grado de éxito de la pareja era mucho más elevado ahora, sí, aunque también tenía sus inconvenientes: las infidelidades conyugales resultaban prácticamente imposibles de ocultar...